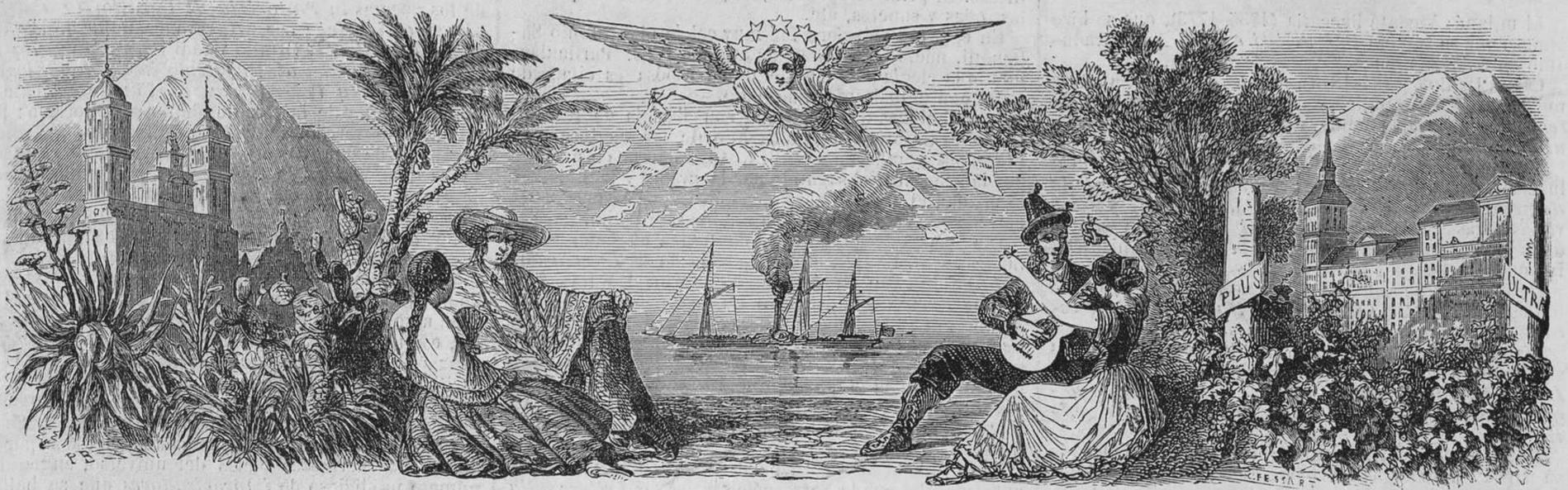


EL CORREO DE ULTRAMAR

PARTE LITERARIA ILUSTRADA.



Al presente número acompaña el número 18 de la Moda.

1870. — Tomo XXXVI.

EDITORES-PROPIETARIOS: X. DE LASSALLE y MÉLAN.

Administración general, passage Saulnier, número 4, en París.

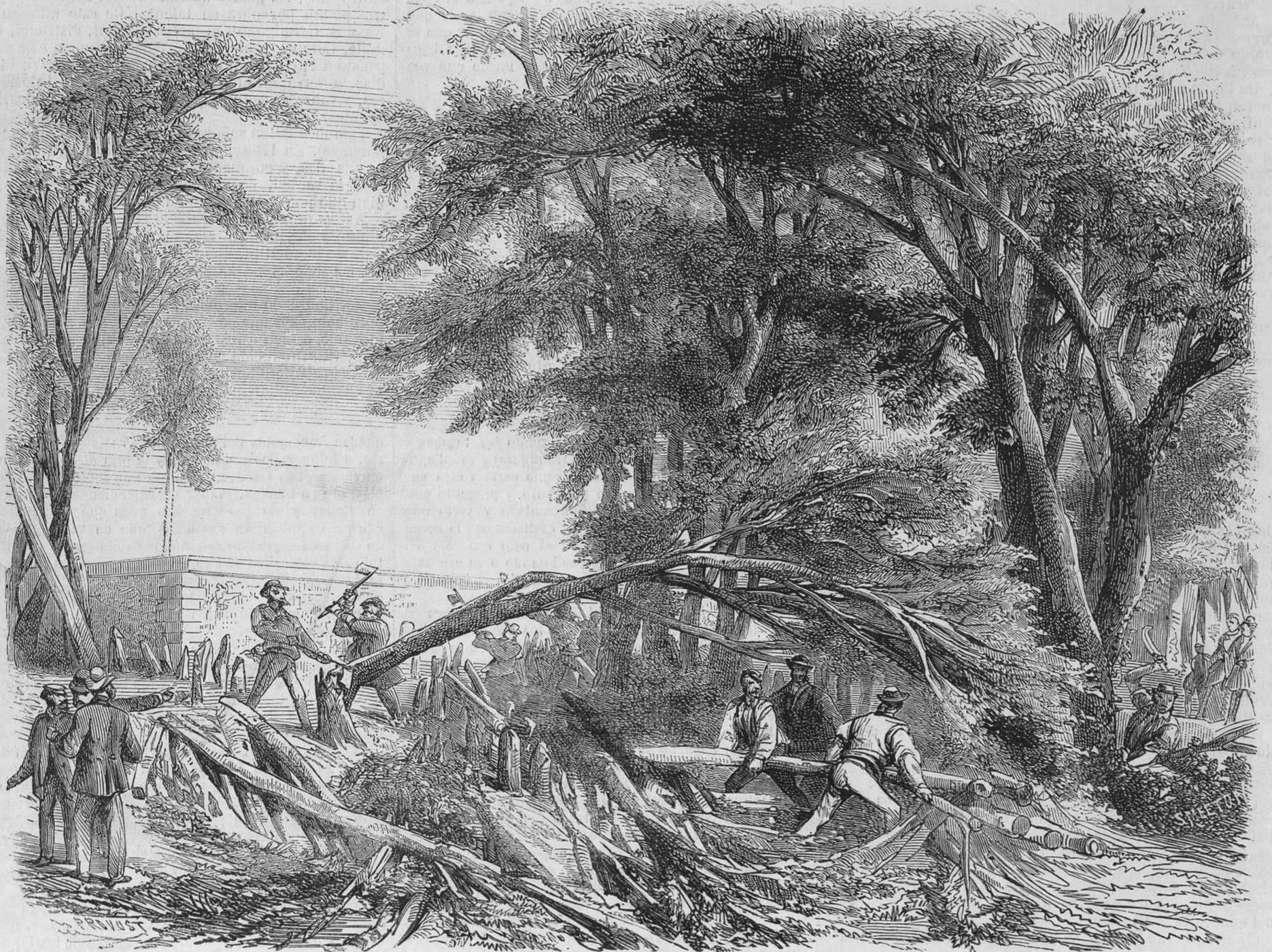
AÑO 29. — N° 923.

SUMARIO.

Corta de árboles del bosque de Boulogne; grabado. — La literatura italiana. — La Guerra Ilustrada; grabados. — Vista

general de Estrasburgo; grabado. — Batalla de Gravelotte; grabado. — Revista de París. — Poesías. — El consejo de guerra; grabado. — Ejecución de Hardt; grabado. — Una ronda nocturna en Colmar; grabado. — Escenas de la vida

inglesa. — El general Ulrich; grabado. — La defensa de París; grabado. — De Villahermosa a la China. — Abastecimientos de París; grabado. — El general Legrand; grabado.



LA DEFENSA DE PARIS. — Corta de árboles del bosque de Boulogne, en la zona contigua a las fortificaciones

La literatura italiana.

(Continuacion.)

El milanés Vicente Beccaria (1735-1773), que se hizo famoso por su tratado *Dei delitti e delle Pene*, traducido en todas las lenguas cultas de Europa.

Cárlos Denina (1734-1843), nacido en el Piamonte y muerto en París, publicó las *Vicissitudini della Letteratura* en cuatro tomos, y la *Storia delle rivoluzioni d'Italia*.

El veneciano Francisco Algarotti (1712-1764) dió á luz sus *Viaggi nella Russia, il Neutomanismo per le dame, Esposizione del sistema di Newton*, y otras varias obras, como *Il congresso di Citere*, sin contra otros numerosos escritos sobre la filosofía, historia, idiomas y artes.

Jerónimo Tiraboschi, de Bérgamo (1732-1794), escribió la *Storia della Letteratura italiana fin da secolo d'Augusto*, en trece volúmenes en 4º.

Javier Bettinelli de Mantua (1748-1808) es autor de los siguientes escritos: *L'Entusiasmo delle Belle Arti, Lettere di Virgilio agli Arcadi, Ristabilimento degli Studj, dei costum, delle Arti, dall'anno mille, etc.*

Hubo cuatro ex-jesuitas españoles que, echados de su patria y refugiados en Italia, escribieron en el idioma de este país, por lo cual sus obras parecen pertenecer á su literatura. Fueron:

Francisco Javier Lampillas (1738-1798), autor del *Saggio storico apologetico della Letteratura spagnuola contro le opinioni ed i pregiudizj di certi scrittori moderni* (Tiraboschi y Bettinelli).

Juan Andrés (1727-1803) dió igualmente réplica á los dos críticos precedentes, los cuales habian hablado con desprecio de la literatura española, por medio de su excelente obra *Origine e Progresso di tutte le letterature* en catorce tomos en 8º. — Conociásele ya con aprecio por un *Saggio della Filosofia del Galileo* (1).

Estéban Arteaga (murió en París el año de 1799) ha legado á la posteridad una apreciable obra con el título de *Rivoluzioni del Teatro musicale moderno dalla sua origine sino a nostri giorni*. Sobrecogióle la muerte cuando se disponia á publicar otro libro interesante, *Del Ritmo sonoro e del Ritmo muto degli antichi*.

Antonio Eximeno (1732-1798) escribió y dió á la prensa *Dell'Origine e delle Regole della Musica colla storia de suoi progressi, della sua decadenza e del suo ristabilimento*.

De los ilustres literatos que acamos de citar, cuatro fueron huéspedes de Federico II en su córte de Prusia; Bettinelli, Denina, Tiraboschi y Algarotti. El rey literato se aficionó particularmente al último que, perdida la salud, tuvo que volver á Italia y murió en Pisa á donde habia ido para restablecerse. Sensible el rey á tal pérdida, mandó construir en el *Campo-Santo* de dicha ciudad (mausoleo de varones insignes) y en memoria suya un monumento con esta inscripcion de su misma pluma: *Algarotto, Ovidii emulo, Newtoni discipulo, Federicus rex.* Sobre ella hay otra del propio Algarotti: *Hic jacet Fr. Algarottus, non omnis.* (Aquí yace Algarotti, no todo él.)

El otro escritor de prosa digno de ser mentado por la correccion y elegancia de su estilo es Francisco Soave, que murió en 1797 y cuyas *Novelle morali* han merecido un sin fin de ediciones.

En este mismo siglo décimo octavo la poesía lírica tuvo en Italia muy distinguidos cultivadores.

El genovés Cárlos Frugoni (1692-1798), palaciego de la córte de Parma, cultivó el soneto, la oda y se aventajó particularmente en los versos sueltos que llegaron por él á su mayor perfeccion.

Aun es mas célebre Melchor Cesarotti, que murió en 1808, habiendo sido constante profesor de elocuencia en la universidad de Padua. Era helenista profundo, y despues que tradujo la *Iliada* de Homero, compuso otra en que á las veces se pone al nivel del poeta griego por la energía, elegancia y soltura de la versificación. La produccion empero que mas le honra es la traduccion en verso de Osian, reputada por los críticos italianos como superior al original inglés. Dejó sin eso una *Coleccion de poesias* y un tratado sobre la *Filosofia de las lenguas* (2).

José Parini (murió en 1799) ha dejado pintados los vicios de la alta sociedad en una sátira que intituló: *Il Mattino, il Mezzogiorno e la Sera*, poemita de tres cantos escrito con tanta gracia como sublimidad.

El abate Casti, cuya muerte acaeció en París el año de 1803, compuso las *Novelle galanti* en el estilo de

(1) Es sabido que un hermano de Andrés publicaba en castellano la primera obra, al mismo tiempo que salia en Italia su original. — Al lado de Lampillas y Andrés podria figurar el abate Masdeu, sobre cuyas obras en italiano y español véase el diccionario de Escritores catalanes. Su principal obra poética en idioma italiano es la traduccion en verso de varias poesias de veinte y dos clásicos españoles del quinientos al seiscientos.

(2) Hemos visto además de Cesarotti una traduccion de Demóstenes digna del orador ateniense.

los cuentos de La Fontaine, y *Gli animali parlanti*, que se vertieron al francés en 1818, son una sátira verdadera y punzante contra las córtes.

En la poesía sagrada está con justicia ventajosamente reputado Onofre Menzoni. Entre otras cosas es célebre su soneto á la muerte de Cristo (1).

Algarotti, Bettinelli y Tiraboschi, á mas de las obras de que dimos anteriormente cuenta, escribieron poesias líricas. El primero epistolares, él y los otros dos poemias, odas y sonetos, etc.

En el género elegiaco fué muy celebrado Antonio Salomoni, nacido en Florencia año de 1785. Particularmente la elegía á la muerte de su esposa es citada de todos con entusiasmo. Fué judío.

Los fabulistas de esta época son Bertola de Rimini, Grillo de Umbría y Pignotti, hijo de los contornos de Florencia y muerto en 1812. Distinguese el primero por la sencillez, el segundo por la gracia y facilidad, y el último, el mas famoso de todos, por la elegancia, correccion, y aun á veces sublimidad de estilo.

Las poesias de Pignotti se contienen en ocho volúmenes en 8º. Hay en ellos el poema de la *Treccia donata* en diez cantos, comparable, segun los italianos, con el *Bucle* de Pope; otro en memoria de Roberto Manners; hay tambien hermosas odas, como la *Sombra de Pope* y el *Sepulcro de Shakespeare*. Además escribió una *Storia della Toscana sino al Principato, con diversi saggi sulle lettere, scienze ed arti*, impresa en Pisa en 1813. Todas estas obras tienen mérito, pero su reputacion literaria la formaron principalmente sus fábulas.

Seria injusto no recordar entre los nombres de estos autores el del conde Verri, célebre por sus *Lettere sulla tomba di Scipioni*; el de Fóscolo que en su *Jacobo Ortíz* ha probado el grado de energía que es susceptible la lengua italiana, y publicó luego *I Sepolcri*, algunas traducciones de Homero y unos ensayos sobre Petrarca, etc. (2). — Añadiremos á estos dos autores los

(1) El tomo que contiene las poesias de Minzoni (no Menzoni) es una mezcla bastante irregular de sagrado y profano y de algunos raptos de buen gusto confundidos con muchos no del mejor. A nuestro entender la fama ha sido demasiado generosa con este poeta, y su mejor pieza (que es un soneto, como dice M. Bocous, á la muerte de Jesus, realmente no menos ensalzado que el de Felicaja á Italia, y elegido por el respetable Hugo Foscolo para formar parte de la historia del soneto italiano) no me satisface completamente. Admitido su concepto, es enérgica su ejecucion, pero el todo del soneto se nos antoja ó nos hace siempre el efecto de un gallo pavoneándose ó de uno de aquellos ángeles gordos y colorados soplando con fuerza la trompeta, de que habla Lope. Adan se nos presenta como un elefante que se alza de dormir y se limpia el rostro con la trompa, y lejos de inspirarnos recogimiento, nos hace reir. Puede que sea aprension particular. El soneto es este:

« Quando Gesu con l' ultimo lamento
Schiuse le tombe e la montagna scosse,
Adamo rabuffato e sonnolento
Levo la testa, e sovra i pie rizzosse!

Le torbide pupille intorno mosse
Piene di meraviglia e di spavento,
E palpitando addimando chi fosse
Quei che pendea insanguinato e spento.

Como lo seppe, alla rugosa fronte
Al crin canuto, ed alle gruanze smorte
Con la pentita man fe danni ed onte:

Si volse lagrimando alla consorte,
E disse si che rimbombonnu il monte:
Io per te diedi al mio Signor lá morte. »

Cuando Jesus abrió con su último lamento las tumbas y sacudió el monte, Adan espeluznado (*rabuffato*) y soñoliento alzó la cabeza y púsose en pié. Volvió á una parte y otra sus torvas pupilas llenas de maravilla y espanto, y preguntó palpitando quién era aquel cuerpo ensangrentado y yerto que estaba allí pendiente. Apenas lo supo, castigóse con la mano arrepentida en la frente arrugada, en el pelo canoso y en las pálidas megillas, volvióse luego sollozando á su esposa y díjola con voz que repitió la montaña: Por tí dí yo la muerte á mi dueño.

(2) Hugo Fóscolo, fenecido en 1827 en un lugar cerca de Lóndres, donde le echarán años atrás los acontecimientos políticos de su patria, es otro de los poetas italianos de á principios de este siglo que M. Bocous solo apunta y reclaman una larga memoria particular que ya han dado algunas revistas literarias extranjeras, y tambien el *Museo de familias*. Además de las obras que cita el historiador francés, débense á Fóscolo tres tragedias — *Tiestes, Ajax, Ricciarda*. — *Memoria de los Comicios de la República Cisalpina*, dirigida en 1802 al primer cónsul Bonaparte. — Version de la *Chioma di Beredice* de Callimaco. — *Discurso sobre el origen y deberes de la Literatura* (1808) seguido de algunas lecciones de elocuencia. Edicion ilustrada de las obras de Monteuccoli (1808). — *Traduccion del viaje sentimental de Sterne* (1012). — *Didymi Clerici Prophetæ Manimi Hiper colipseos*, sátira contra el caido reino itálico, publicada en Suiza entre 1815 y 1816. — En Inglaterra, á la cual pasó por esta última época, publicó muchos escritos críticos sobre Dante, Petrarca y Bocacio, y continuó su traduccion de la *Iliada*, de la cual andan impresos dos cantos y fragmentos de otros. — De poesias líricas, entre las muchas que concibió y bosquejó,

nombres de otros que honran actualmente la Italia con sus producciones literarias. Mazza de Parma es famoso por sus sonetos, odas sobre la armonía, por varias felices imitaciones de Dryden y Masson, por un poema en esdrújulos. *I dolori di Maria* y traducciones de Pindaro, que junto todo está impreso en 5 tomos en 8º. Nota, de Turin cuyas comedias son de dia en dia mas celebradas y aplaudidas (1): Fastoni, de Pistoja, poeta lírico é imitador de Horacio: Arici, de Brescia, autor de los poemas *la Pastorizia, il Corallo, la Coltivazione degli Ulivi*: Lerenzi, veronés, autor de la *Cultivazione de Monti*: Camilo Ugoni ha escrito *Della Letteratura italiana al 18º, secolo in continuazione de secoli di detta letteratura, di Carniani*: Baldelli, florentin, autor de la vida de Petrarca y Bocacio: Rosmindi, de Roveredo, autor de la de Trivulzi, Guarino de Verona, y de una Historia de Milan: Bondi, traductor de las *Metamorfosis* de Ovidio y de la *Eneida*, y autor de varias poesias: el milanés Bellotti, traductor del teatro griego de que lleva ya publicados Esquilo y Sofocles: Roncalli, de Brescia, célebre epigramático: Mascheroni, geómetra profundo y poeta muy afamado por el poema sobre los Museos de Pavia, titulado, *Invito a Lesbia*: finalmente, C. Botta, nacido en el Piamonte en 1766, y de mucho tiempo á esta parte domiciliado en Francia, escritor de la *Storia delle guerre per l'indipendenza dell'America, de Camillo*, poema en verso suelto y otras producciones recomendables.

El idioma italiano, rico, sonoro y eminentemente poético, préstase mas que ningun otro á los vuelos de la imaginacion, la cual, favorecida y excitada por uno de los mas hermosos cielos del universo, engendra el número prodigioso de *improvisadores* que se halla en Italia y la recorre en todos sentidos. Púedese asegurar que no hay poblacion, por corta que sea, que no encierre dos ó tres; tal que cuando se viaja por tan hermoso suelo, está uno tentado á creer que en él nacen los hombres poetas y músicos. Roma, Nápoles, la Toscana, la Romaña, Verona sobre todo, son los focos de los improvisadores.

Algunos de estos toman un nombre supuesto, y van de ciudad en ciudad poetizando en las plazas públicas y paseos sobre cualquier tema y en el metro que se les señala. Lo mas regular y general es que acompañen sus versos con el canto, y el badulaque del espectador echa piadosamente y movido á lástima una pieza de dos ó tres sueldos, ó un realito de plata en el sombrero del poeta (que tiene la costumbre de nunca pedir), y es muchas veces nada menos que un doctor *in utroque jure*.

Otra clase de improvisadores hay mas hábiles y circunspectos, los cuales únicamente en los salones y teatros ponen por obra su talento. De este número son: Rossini, Carmignani, el famoso Gianni, Pistrucci, Giannone, Lorenzi y el insigne Sgricci, que no hay duda pasmó á París por la facilidad con que improvisó tragedias en verso, en cinco actos, de muchos interlocutores, y sobre el asunto que tenian á bien indicarle los oyentes.

Tampoco faltan señoras que improvisan (*poetesse stemporanee*). En 1790 murió *La Corilla*, muy celebrada en sus dias, y coronada en el Capitolio por el influjo, á decir la verdad, de algunos amantes protectores, mas bien que por el del propio mérito (2).

Así es que no estuvo callada la lengua satírica de Marphorio y Pasquino. Érale muy superior sin duda la señora de Bandettini, que murió en 1803, y lo son en el dia las señoras de Fantastici y Mazzei, las cuales, domiciliadas con sus esposos en Florencia y con bienes de fortuna, solo improvisan en algunas ocasiones y por pura complacencia en presencia de sus amigos y contertulios, ó bien á instancias de alguna notabilidad extranjera introducida en sus salones.

Si el caballero Sgricci es un objeto de admiracion para cuantos le han oido, ¿cuánto mas no hubiera admi-

quedan fragmentos del *Carme alle Grazie* y dos odas enteras, á Luisa Pallavicini la una, y la otra dirigida á una *Amiga curada*. Sus escritos, publicados en Inglaterra ora en inglés, ora en italiano, vanse ya extendiendo y vulgarizando en Italia, y no hace muchos años que se publicó una edicion completa de sus obras que en verdad se echaba de desear. La que hizo el profesor Caleffi en 1835 con el título de *Scelte opere di Ugo Fóscolo in gran parte inedite, si in prosa che in verso*, fué una buena adquisicion para los que tenian ya sus obras primeras, mas no para los que desean ver reunidas todas las producciones de los grandes ingenios, por órden cronológico si es posible, para juzgar mejor de ellas; además de que es manca dicha edicion, aun considerada como una reproduccion de lo que publicó Fóscolo en el extranjero, que á no dudarle fué su principal objeto. — Al baron Camilo Ugoni se debió la primera traduccion de sus *Ensayos sobre Petrarca*, version no indigna del mismo Fóscolo.

(1) Son las mas celebradas: *Il filósofo celibe, I primi passi al mal costume, la Lusinghiera, Il progettista, Il benefattore e l'orfano, I litiganti*, y como drama sentimental la *Duchessa de la Valliere*. Se dice que Nota ha descortezado la rusticidad de Goldoni; es cierto, el abogado de Turin escribe con una dición elegante y con maneras muy finas, mas la fuerza cómica y toda calidad intrínseca de la comedia que tanto abundan en Goldoni, se han enfriado en Nota por la proximidad de aquellas.

(2) Como quiera esa improvisadora fué seguramente la que inspiró á Madama Stael su magnífica *Corina*, que podríamos llamar el bello ideal personificado de las improvisadoras italianas.

rado una joven señorita, que ya á los diez y ocho años improvisaba tragedias en cinco actos con no menos facilidad que aquel?... Pues esta maravilla existe en Roma, cuya gloria y admiracion es.

La rápida reseña que acabamos de hacer, la cual, en clase de tal, no ha podido todavía abarcar otros muchos nombres dignos de ser mencionados, bastará sin duda para que el lector imparcial se persuada de que la literatura italiana, fecunda bajo todos aspectos en hombres distinguidos y en obras de mérito muy principal, vale la pena de que se la estudie, y de que, aun cuando quisiera comparársela con la literatura de las otras naciones de Europa, nada tiene que envidiarlas; pues ella al contrario fué la que las proporcionó lustre y esplendor, habiendo la Italia servido, en medio de la ignorancia de los siglos bárbaros, á las ciencias, artes y letras de una y hogar.

M. BOCOUS.

La Guerra Ilustrada.

Estrasburgo. — Episodio de la batalla de Gravelotte. — Los zuavos y los turcos. — Consejo de guerra en Paris. — Ejecucion de Hardt. — Un convoy de pontoneros prusianos. — La Plaza Mayor de Pont-á-Mousson. — Una ronda en Colmar. — La defensa y el abastecimiento de Paris.

¿Quién habria dicho hace un mes que Estrasburgo estaria cercado por los prusianos? ¿Quién habria creído que los enormes cañones que la Prusia exponia en 1867 en el Campo de Marte, servirian tres años despues contra las murallas de la capital de la Alsacia, contra la magnífica catedral fundada por Clodoveo en 540, destruida en 1007 por el rayo, reedificada en 1015 y terminada en el siglo XV por Juan Hultz de Colonia?

Y esto es lo que sucede.

Desde el 10 de agosto, el enemigo se extiende en torno de las obras exteriores de esa heroica plaza, que lejos de dejarse intimidar, prueba con su enérgica resistencia todo lo que vale.

Todo el mundo tiene hoy fija la vista en Estrasburgo: fijémosla tambien nosotros algunos instantes.

Plaza de guerra de 4ª clase, la ciudad de Estrasburgo afecta una forma muy irregular. Con 4 kilómetros de largo sobre 2 de ancho y 10 de circunferencia, se halla situada entre los rios de Ill y de Bruche, que entran en el Rin á corta distancia. La rodea un recinto bastionado, con fosos y obras exteriores: sus puertas son 7, á saber: las puertas Blanca y de Saverna al Oeste, de Haguenau al nordeste, de los Judíos y de los Pescadores al Norte, y finalmente, las puertas Delfina y del Hospital al Sur.

La ciudadela, compuesta de cinco bastiones, se halla á la extremidad oriental. Sus obras se extienden hasta el Rin. Sabido es que la construyó Vauban. Las puertas Blanca y de Haguenau están defendidas por reductos particulares.

El Ill, que penetra en la ciudad por el sudoeste, atravesando una grande eselusa de las fortificaciones, por medio de la cual se pueden inundar todas las inmediaciones, se divide en varios ramales que corren en todos sentidos. Sale por el nordeste, en donde se reunen todos los ramales. El ramal principal del Ill, que lleva el nombre de Bruche, riega las partes meridional y oriental de la ciudad y recibe á la derecha el canal del Rin, que da á Estrasburgo una comunicacion directa con aquel rio.

Cuarenta y siete puentes atraviesan esos diversos brazos del Ill, nueve de ellos de piedra.

La ciudad de Estrasburgo, que tiene una poblacion de mas de 80,000 habitantes, está generalmente bien edificada, sus calles son anchas y hermoso su caserío; sus plazas públicas espaciosas y regulares. Tiene monumentos notables como el *castillo real*, edificado por el cardenal de Rohan, el templo de Santo Tomás, que contiene el mausoleo del mariscal de Sajonia, el teatro, el liceo, el hotel de la Prefectura, las casas consistoriales, el Luxhof que habitaron los emperadores de Alemania cuando residian en Estrasburgo, y sobre todo la catedral, cuya torre, de 142 metros, es una obra maestra de arquitectura gotica. Esta torre, á la que se sube por 633 escalones, tiene calados como un encaje. Solo la pirámide grande de Egipto es mas alta.

Los estragos que hacen los prusianos en Estrasburgo son espantosos. El diputado alsaciano M. Keller ha dado sobre este punto al Cuerpo legislativo minuciosos detalles en la sesion del 31 de agosto.

Leyó una carta de la ciudad, en la que se dice que los prusianos disparan sobre la ciudad, no sobre las fortificaciones; que han quemado la cuarta parte de la poblacion; que los habitantes prefieren la muerte á la rendicion, y que el enemigo emplea á los prisioneros en los trabajos de trinchera contra la plaza.

La Cámara declaró que Estrasburgo ha merecido bien de la patria y que aquella fortaleza no dejará jamás de ser francesa.

M. Keller propuso que se nombre una comision para ir al departamento del Alto Rin á activar el armamento

de los pueblos, que se levantarán como un solo hombre.

Estos informes de M. Keller acerca del sitio de Estrasburgo produjeron una gran sensacion en el Cuerpo legislativo.

La Cámara lanza gritos de indignacion al saber que los prusianos disparan sobre la ciudad y no contra las fortificaciones, y que la poblacion se ha visto obligada á refugiarse en los sótanos y alcantarillas.

Los prusianos han contestado al obispo de Estrasburgo que no tenian tiempo para hacer un sitio en regla, y que tomarian la plaza por el terror, mediante el bombardeo.

M. Keller denuncia la conducta de los prusianos á la indignacion de Europa, y la Cámara se levantó unánime en honor de Estrasburgo, declarando que nunca dejará de ser plaza francesa.

El conde de Palikao se ha asociado á los elogios tributados á los habitantes de Estrasburgo, y dijo que el ejército y el gobernador de la plaza merecen tambien grandes alabanzas.

El general Werder, jefe de las fuerzas sitiadoras, habia dicho al obispo y á una comision de los habitantes, que obligaria á la guarnicion á capitular.

El general Ulrich, gobernador de la plaza, contestó á su vez que la defenderia mientras tuviera una piedra donde poder parapetarse, y que despues se retiraria á los fuertes, desde los cuales pegaria fuego á la ciudad si esta no quisiera defenderse.

En la página 205 de este número hallarán nuestros lectores el retrato del heroico defensor de Estrasburgo.

*
**

Damos un episodio mas de la terrible batalla de Gravelotte, y que representa el efecto que produjeron las ametralladoras. La escena pasa en Doncourt, en el ataque que hizo Steinmetz. De repente, dice el corresponsal francés, nuestros regimientos se tienden en el suelo y aparecen contra el enemigo seis ametralladoras. Las filas prusianas sufrieron estragos horrosos. Un batallon entero desaparece y luego otro. En ciertos sitios los cadáveres formaban murallas que impedian que avanzara la artilleria.

Sabido es que en todas estas acciones han tomado una parte muy principal los zuavos y los turcos, y con este motivo nos parece oportuno dar á conocer aquí el origen y las «hojas de servicio» de estos cuerpos tan notables del ejército francés.

El periódico el *Gaulois* hace la siguiente historia de los zuavos:

Una orden del general en jefe del ejército de Africa de fecha de 1º de octubre de 1830, aprobada por real decreto de 24 de marzo de 1834, creó dos batallones de infanteria indígena. Llamáronse estos soldados *zuavos*, del nombre de la célebre tribu de los Zouana, que en ciertas circunstancias habia proporcionado gente para las tropas del dey de Argel. Fueron puestos al frente de estos dos batallones los capitanes Maumet, del estado mayor, y Duvivier, del cuerpo de ingenieros.

Como el alistamiento de los indígenas no era muy activo, se admitieron europeos en los zuavos. Estas tropas recibieron el bautismo del fuego en el cerro de Mouzain, en la primera expedicion de Medeah.

En 1832 los dos batallones se refundieron en uno al mando del comandante Duvivier, quien fué llamado poco tiempo despues á Bugía, legó los zuavos primero al comandante Kolb y mas adelante al capitán de Lamoriciere. Despues de la expedicion de Mascara un real decreto organizó los zuavos en un regimiento de dos batallones, cuyo mando conservó M. de Lamoriciere con el grado de teniente coronel.

El cerro de Mouzain, teatro de las primeras hazañas de los zuavos, volvió á verlos en 1836 tomando todas las alturas y defendiendo contra los kabilas las posiciones que valerosamente les habian conquistado. El sitio de Constantina en 1837 es uno de los mas bellos florones de la corona guerrera de los zuavos. Volvemos á encontrarlos despues en todos los combates principales de la sangrienta campaña de 1840, en el Mitidja, en el cerro de Mouzain, en las faldas del Chenecca, en el valle de Cheleff y en el Ouamri de Gontas.

Se renovó entonces su estado mayor: al coronel de Lamoriciere, nombrado general, y á los dignos comandantes Regnault, igualmente ascendidos, sucedieron el teniente coronel Cavaignac y los comandantes de Flo y de Saint-Arnaud.

Los zuavos tomaron parte en casi todas las acciones notables de la campaña de 1841, á cuya terminacion un real decreto de 8 de setiembre reorganizó el regimiento en tres batallones. Una sola compañía por batallon podia recibir los indígenas, de modo que estos figuraban en reducido número, y solo se les habia conservado en cierto modo para justificar el nombre y el uniforme del cuerpo.

Los tres batallones se separaron entonces para ir á servir en cada una de las tres provincias.

En el mes de setiembre de 1842 los zuavos tomaron una parte gloriosa en el combate del Ouad-Fodda, una de las luchas mas largas y difíciles que registran nuestros anales de Africa. Los zuavos estaban representados por uno ó dos de sus batallones en la mayor parte de las acciones importantes de las campañas de 1843 á 1844; combates encarnizados contra las kabilas, largas marchas por el desierto, en el Jurjura, en el Ouaxenis, en los Beni-Menassor, en la toma de la Smala, en los bri-

llantes combates dados por el general Bedeau á la caballería marroquí y en Isly.

El coronel Cavaignac, ascendido á general en octubre de 1844, fué reemplazado por uno de los que sobrevivieron en el asalto de Constantina, el coronel Ladmiraull, actualmente jefe del 4º cuerpo del ejército del Rin.

En 1845, en tanto que un batallon sostenia cerca de las fronteras de Marruecos el primer esfuerzo de la lucha, los otros dos recorrian la provincia de Argel en todas direcciones. Los años de 1846 y 1847 no dejaron en la inaccion á los zuavos. A fines de 1847 el coronel Canrobert reemplazó al general Ladmiraull. El regimiento se estableció en un puesto importante y de creacion bastante reciente, en Aumale, en medio de una region que no estaba completamente sometida.

Así, pues, los zuavos habian tenido que hacer numerosas correrías por los montes y sostener varios combates, cuando á fines de 1849 acontecimientos importantes los llamaron á toda prisa al Sud de la provincia de Constantina.

El oasis de Zaatcha se resistia hacia algun tiempo á toda una division de ejército. La rendicion de Zaatcha, triunfo comprado á costa de grandes pérdidas, no dejó en reposo á los zuavos, que fueron á terminar brillantemente la campaña en el corazon del invierno con la rendicion de Narah en las vertientes de Nauxés.

Cuando regresaron á Aumale á las órdenes de un nuevo coronel, M. Aurelio de Paladines, los zuavos estuvieron dos años en lucha con la confederacion kabila que les habia dado el nombre, y tomaron parte en todas las operaciones dirigidas en el valle del Oued-Sebaon y en el pais montañoso conocido con el nombre de gran Kabilia.

Por decreto de 15 de febrero de 1852 se dió una nueva organizacion al cuerpo de zuavos. Se formaron tres regimientos, cada uno de los cuales tuvo por núcleo uno de los batallones existentes, y entre los coroneles que mandaron esos regimientos figuran los generales Bourbaki, Vinoy, Clinchant, Brincourt, Tixier, de Polhes y Lefebvre.

A fines de 1852 los regimientos 1º y 2º tuvieron la principal parte en las pérdidas y en la gloria del asalto con que terminó el sitio de Laghouat.

Pero pruebas mas decisivas esperaban á los zuavos en Oriente y en Italia, donde tuvieron que luchar con ejércitos que nos disputaron con valor mas de un campo de batalla. Sin embargo, en todas partes y siempre, en las costas escarpadas del Alma, en las malezas de Inkermann, bajo los muros de Sebastopol, en Montebello, en Palestro, en Magenta, en Solferino y en Méjico los zuavos sostuvieron su antigua nombradía como acaban de sostenerla en Freischwiller, y el título de «primeros soldados del mundo» que les habia dado el enemigo vencido, les ha sido confirmado por el príncipe prusiano, que ha podido destruirlos, pero no vencerlos.

En cuanto á los *turcos* dice tambien el ya citado periódico:

En el combate de Wissemburgo así como en la batalla de Reichshoffen, el heroico valor de los *turcos* contribuyó eficazmente á paralizar la superioridad numérica de las tropas prusianas y á impedir que el enemigo sacase de su victoria las consecuencias que se habia prometido al concebir su plan de operaciones.

Los *turcos* han probado una vez mas, que si son hermanos menores de los zuavos, son bajo todos conceptos dignos de sus primogénitos.

Hemos dicho en nuestro artículo sobre los zuavos que un real decreto de 8 de setiembre de 1841 habia decidido que en los batallones de zuavos, exclusivamente formados en un principio de indígenas, una sola compañía podia admitir árabes. Este mismo decreto organizó con el nombre de tiradores indígenas tres batallones de infanteria, en los cuales los franceses no ocuparon mas que una parte de los empleos de oficiales y sargentos. Anteriores órdenes del gobernador general habian prescrito ya la creacion de un batallon de tiradores en Constantina y de dos medios batallones en Bona y en Argel.

Todos los oficiales que mandaron estos batallones durante el período de 1841 á 1854 han llegado á ser generales, y son Bosquet, Bourbaki, Vergé, de Wimpffen, Thomas, Bataille, Pelle, Martineau Deschenez, Rose, de Maussion y Pechot. Bosquet murió siendo mariscal y Thomas sucumbió del cólera durante la expedicion de 1859 contra Marruecos.

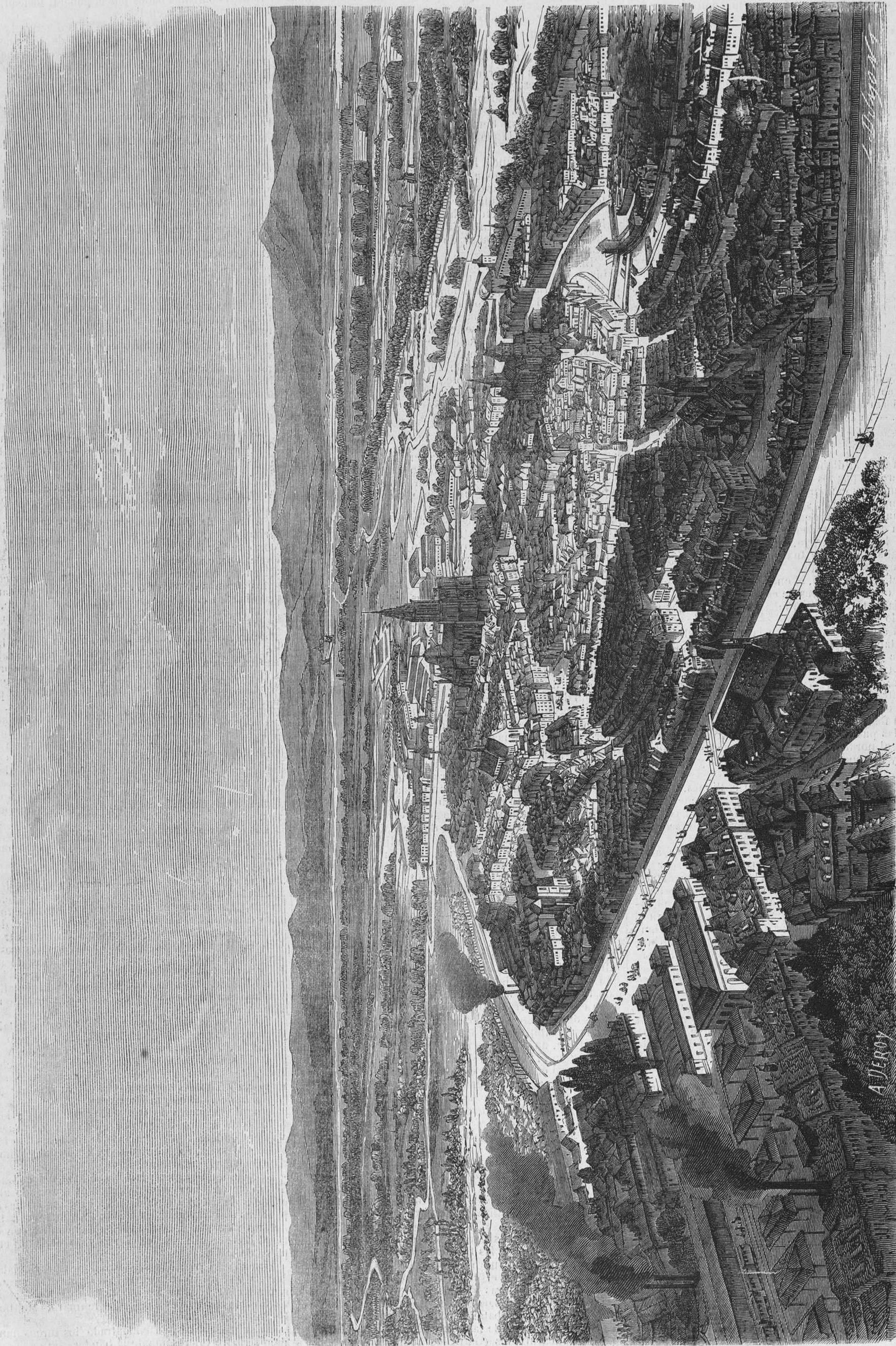
Durante la guerra de Oriente, el número de los batallones de tiradores argelinos fué de dos por provincia, y se creó además un regimiento de tiradores que fué enviado á Oriente, á las órdenes del coronel de Wimpffen á quien sucedió el coronel Rose.

Todo el mundo recuerda á los *turcos* del coronel de Wimpffen en Alma y en Inkermann escalando alturas erizadas de baterías formidables ó «saltando ágiles como panteras» al través de las malezas y cargando á bayonetazos y culatazos. Se les vuelve á encontrar con el coronel Rose en el mamelon Verde y en Malakoff en octubre de 1855.

Firmada la paz, los seis batallones provinciales de Argelia y el regimiento enviado á Crimea formaron tres regimientos, y entre los coroneles que los mandaron vemos á los generales Liebert, Archinard, Montfort y Le Poittevin de Lacroix.

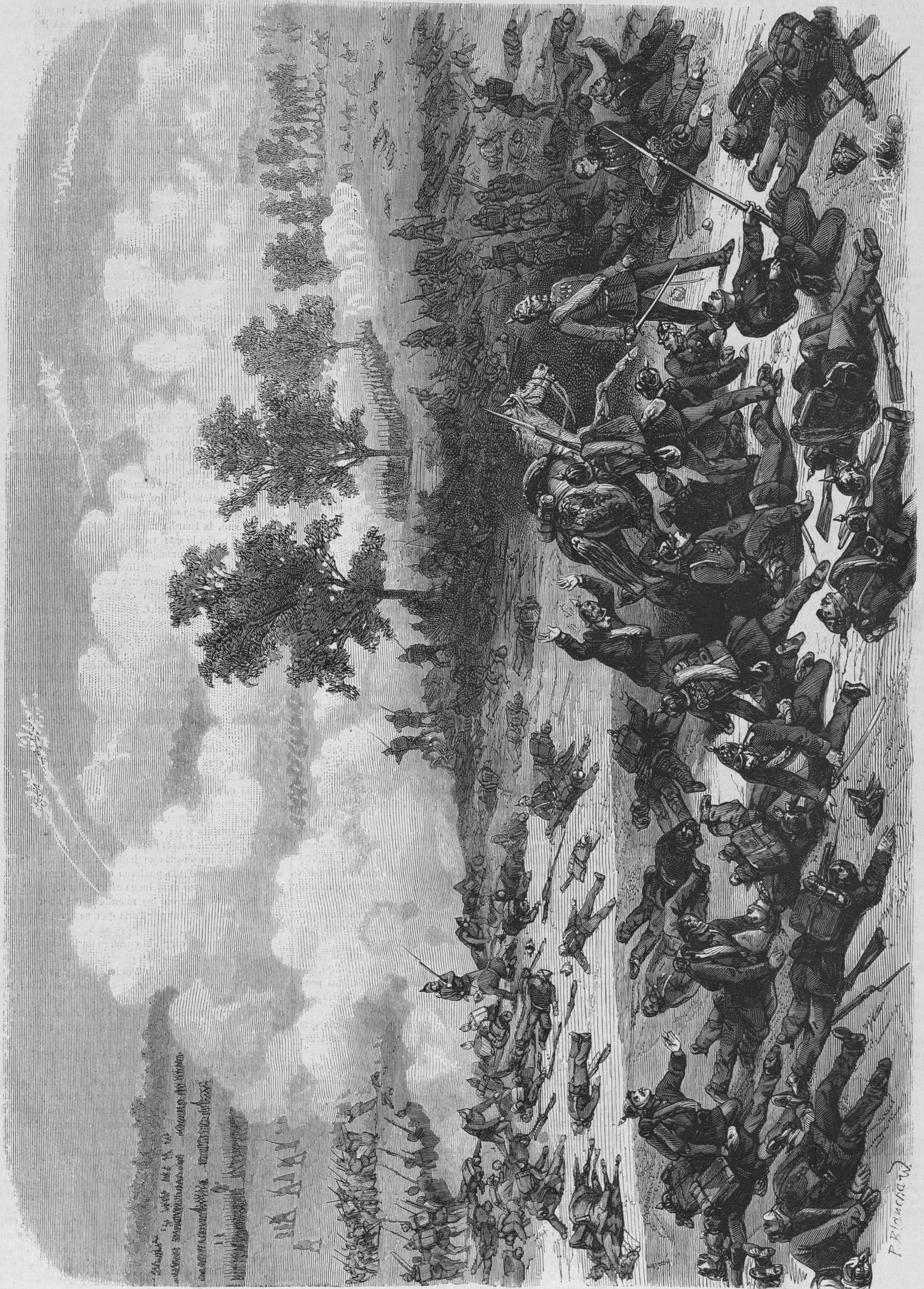
Do quiera que se han encontrado los *turcos* han llevado siempre valerosamente la bandera francesa.

Durante la campaña de Italia dieron un regimiento de marcha á la division La Motterouge, primer cuerpo



VISTA GENERAL DE ESTRASBURGO.

AJEROY



BATALLA DE GRAVELOTTE. — Efectos de las ametralladoras en el frente de ataque del ejército prusiano.

de Mac-Mahon. En Magenta cooperaron gloriosamente á la toma de la aldea, tras una lucha encarnizada que se prolongó hasta la noche, y en el ataque del monte Fontana, en la batalla de Solferino, su bandera fué la primera que ondeó sobre el primer baluarte tomado á la carrera bajo un violento fuego de fusilería: su coronel, el bizarro Laure, encontró una muerte gloriosa en el combate sangriento que se empeñó para la posesion de aquellas alturas.

El *Moniteur Universel* ha registrado mas de una vez durante la guerra de Méjico los brillantes hechos de armas de los tiradores indígenas y se les ve citados sin cesar en los boletines de los mariscales Forey y Bazaine.

La fidelidad del turco á su bandera es incontestable; ninguno desertó durante la insurreccion de 1864, y ni siquiera hubo una desercion aislada al lado de la heroica fidelidad de los cien turcos que se hicieron matar el 8 de abril al defender en Ain Ben Beker el coronel Beaupretre y el honor de la bandera francesa. Fieles se les vió en Crimea, en Italia y en Méjico, fieles han sido en Argelia en las diversas expediciones en que han tomado parte, fieles se han mostrado en el campo de batalla de Wissemburgo y de Reichshoffen, y fieles serán cuando la reorganizacion de sus diezmadros batallones les permita volver á ocupar su puesto en las filas del ejército del Rhin.

* *

Vengamos ahora á Paris para decir dos palabras sobre los consejos de guerra.

En la página 200 ofrecemos á nuestros lectores el aspecto de una sesion del consejo de guerra que juzga á los procesados por el atentado de la Villette, y á los espías del rey de Prusia.

El lunes de la semana última el segundo consejo de guerra condenó á muerte al teniente Hardt, acusado de espía prusiano. M. Hardt habia declarado al ser preso en Pouilly que enviaba á la Prusia comunicaciones sobre el estado de los ánimos en Francia.

Hardt debia ser fusilado en uno de los patios de la Escuela Militar.

El sábado á las cinco de la mañana se veian algunos grupos delante de la verja principal, pero estaba prohibida la entrada á todo el mundo. Fuerzas de coraceros, lanceros, guías, granaderos y gendarmes ocupaban el patio principal. El carruaje celular que conducia al reo pasó á las cinco y media procedente de la cárcel de Cherche-Midi y escoltado por gendarmes de caballería.

Hardt bajó en el patio de los granaderos, y sus primeras miradas abarcaron rápidamente el conjunto de las diferentes tropas y el espía movió varias veces la cabeza.

El peloton de ejecucion se componia de dos sargentos, cuatro cabos y los seis primeros soldados del regimiento núm. 42.

El sacerdote protestante que habia acompañado al preso, le dirigió algunas exhortaciones y le presentó un crucifijo que rechazó.

Cuando quisieron atarle las manos y vendarle los ojos, Hardt se negó con energía febril y se cruzó de brazos.

— Quiero morir, dijo, con la cabeza erguida y mirando al cielo.

Sin embargo, se dejó atar y vendar los ojos.

Apenas terminó la lectura de la sentencia el oficial que mandaba el peloton, bajó la espada y diez tiros se dispararon á un tiempo, en el momento en que por una extraña coincidencia daban las diez en el reloj de la Escuela Militar.

Dicen que en el momento en que el peloton iba á hacer fuego, Hardt pronunció estas palabras:

¡Für Vaterland! (Por la patria.) »

* *

Vamos á completar ahora las explicaciones referentes á nuestros dibujos.

Uno de ellos representa un convoy de pontoneros prusianos y otro una revista que pasó el rey de Prusia en Pont-á-Mousson, donde tenia establecido su cuartel general.

La escena es en la plaza con soportales. En primer término á la derecha está el rey en carruaje; á la izquierda se ven las ambulancias, y entre las ambulancias y el rey están las tropas.

* *

Otro dibujo que hemos recibido de nuestro corresponsal de Colmar, nos ofrece un cuadro que se ve en todas las ciudades del Este; los ciudadanos se organizan, se arman con todas las armas que hallan á mano, y velan durante la noche para la seguridad de su ciudad dormida.

Finalmente, en cuanto á los dibujos relativos á la defensa y abastecimiento de Paris, se explican suficientemente por sí mismos.

R. S.

Revista de Paris.

Los acontecimientos de la semana que acaba de transcurrir harán época en la historia contemporánea. Un desastre inaudito de las armas francesas en el campo de batalla, el emperador prisionero, el invasor avanzando hácia Paris, la caída del imperio y la proclamacion de la República, todo esto se ha precipitado en breves dias. Ahora sí se puede decir con toda verdad que el mundo entero tiene fijos los ojos y la atencion en la capital de la Francia. ¿Qué resultados tendrá la guerra, qué influencia tendrá el movimiento revolucionario? Tal es la doble cuestion que se ofrece á la mente de todos como un misterioso problema.

No nos corresponde en este lugar hacer disertaciones políticas ni comentarios sobre tan memorables sucesos. Nuestra tarea es mas humilde; consiste solo en dar cuenta al lector de los hechos ocurridos, segun el orden en que se producen, hechos que á la verdad son bien elocuentes, bien interesantes por sí mismos.

Hacia dias que los parisienses se abandonaban á las esperanzas mas risueñas. El gobierno encerrado en un mutismo significativo, apenas salia de él mas que para decir que se tuviera confianza.

Y efectivamente se tenia en lo general, y no habia nadie que pudiera prever que en lugar de victoria habia de sobrevenir sobre la Francia tan espantoso desastre.

El sábado llegaron las terribles noticias, como de costumbre, por la via inglesa; y en la sesion de aquel dia el conde de Palikao dió las primeras explicaciones.

Dijo que la deseada reunion de los dos ejércitos, de Mac-Mahon y Bazaine, en la que se fundaban tantas esperanzas, habia fracasado.

Bazaine se habia batido con gran valor durante nueve horas, pero al cabo tuvo que retirarse al amparo de las fortificaciones de Metz.

Mac-Mahon habia combatido entre Mezieres y Sedan, con alternativas de triunfos y reveses, dijo el ministro. Al principio sus tropas rechazaron al enemigo hasta el rio Mosa, teniendo que retroceder despues ante fuerzas superiores.

La situacion es gravisima, añadió el ministro, y concluyó hablando de la organizacion de 300,000 hombres de guardia movil para la seguridad de la capital.

El ministro no dijo entonces todo lo que sabia, porque las noticias que circulaban no eran oficiales.

Pero de hora en hora se iban difundiendo entre el público y se anunciaba ya una noche tumultuosa.

La consternacion se pintaba en todos los semblantes.

Los diputados acudian al Cuerpo legislativo y pedian al presidente que convocara sobre la marcha para una sesion extraordinaria.

Así se hizo: á la una de la madrugada se abrió esta sesion memorable, en la cual el ministro de la Guerra, conde de Palikao declaró: « que al cabo de una lucha heroica de cuatro dias, las tropas de Mac-Mahon fueron encerradas en Sedan, por fuerzas tan superiores, que habian debido capitular. El emperador estaba prisionero. »

El golpe era completo.

La funesta campaña plagada de errores y de descalabros, daba por resultado la destruccion de un ejército; 40,000 hombres habian capitulado; 12 ó 16,000 se habian refugiado en Bélgica, no sabemos cuántos miles mas habian quedado en el campo de batalla.

La confirmacion oficial de estas nuevas conocidas ya desde por la tarde puso en ebullicion á los parisienses que se hacian las mas amargas y justas reflexiones.

— Nos han engañado, exclamaban, nos han engañado en todo y por todo. Hemos entrado en campaña con 200,000 hombres y al cabo de quince dias ó tres semanas, los prusianos tenian 500,000, en mes y medio tenian 700,000 y tendrán un millón mañana ó pasado.

Y el tumulto crecia y se veia ya con toda evidencia que el dia siguiente 4 de setiembre nos reservaba grandes tempestades.

El Cuerpo legislativo celebró sesion á las doce para examinar una proposicion de M. Jules Favre, presentada en la de la noche anterior, pidiendo la destitucion de Napoleon III y de su dinastía, y el nombramiento de una comision ejecutiva por la Cámara.

Desde muy temprano la muchedumbre afluía hácia el palacio, y los que marchaban á la cabeza se instalaban en la escalinata y en los patios del edificio, en tanto que la plaza de la Concordia recibia las inmensas oleadas que no podian penetrar en aquel corto espacio.

Ya comenzaban á oirse los gritos contra el imperio y en favor de la República.

No tardó en comenzar la invasion de la Cámara, que principió por la sala de la Paz y los corredores.

Un batallon de infantería quiere desalojar la sala de la Paz, pero al ver entre la muchedumbre militares, guardias nacionales y francos tiradores que saludaban con gritos de

¡ viva la linea! los soldados fraternizaron, con el pueblo gritando á su vez: « ¡ Viva Francia! ¡ viva la libertad y mueran los prusianos! »

Lo mismo sucedia en los muelles, en el puente y en la plaza de la Concordia; los soldados levantaban los fusiles en el aire y repetian los gritos populares.

Entre tanto la multitud, lo mismo dentro que fuera del edificio, pedia incesantemente la caída del imperio.

Un diputado por Paris, M. Picard, toma la palabra en medio de la muchedumbre y anuncia que la Cámara va á resolver la cuestion seguidamente.

En los mismos términos se expresan otros diputados de la izquierda, dando á entender que la resolucion que adoptará la Cámara estará de acuerdo con las aspiraciones generales.

A las dos y media se abre la sesion; pero á poco rato despues, el pueblo arrolla á los guardias nacionales de centinela en las puertas é invade el salon de sesiones.

Los curiosos escalan las tribunas y toman asiento en los bancos de los diputados.

Los gritos pidiendo la República dominan aquel tumulto indescriptible.

En suma, todo conato de deliberacion es inútil y la Cámara debe separarse.

El presidente M. Schneider, acompañado de una gran parte de los diputados de la derecha, baja por el peristilo que cae al jardin de la presidencia, todo él invadido tambien por los curiosos.

A duras penas M. Schneider, sin sombrero y con la ropa desgarrada, logra llegar á un salon del piso bajo.

En el momento en que la mayoría salia de la Cámara invadida, mientras los diputados de la izquierda se dirigian al Hotel de Villa para proclamar el nuevo gobierno, la muchedumbre rompió la verja del jardin de Tullerías por la parte del puente de la Concordia, entró en el jardin y llegó hásta cerca del palacio, donde se detuvo á parlamentar con la tropa que le guardaba.

El general Mellinet que mandaba esta tropa, no opuso dificultad á la invasion, y prometió retirarse con tal de que se confiara á la guardia nacional la custodia del palacio.

Con efecto, la guardia nacional y la movilizada se formaron bajo el peristilo que va de las Tullerías al Carrousel, y dejaron desfilar á la muchedumbre que gritaba: ¡ Viva la República! sin cometer ninguna fechoria.

El palacio estaba enteramente vacío.

La emperatriz, que segun se dice, tenia ya hechos todos sus preparativos de marcha, habia salido del palacio tres ó cuatro horas antes con direccion al ferro-carril del Norte, por el cual ha debido llegar á Bélgica, donde su hijo la esperaba.

Durante muchas horas el palacio ha estado ocupado por el pueblo que visitaba con curiosidad las habitaciones imperiales, todas trastornadas; los muebles en desorden, las camas deshechas, los juguetes del príncipe imperial revueltos con los mapas de Prusia y los modelos de los uniformes alemanes.

Los episodios del dia son tantos, que á pesar de nuestro deseo, nos será imposible recoger aquí ni aun siquiera los principales.

Así es que debemos no detenernos para agrupar las diferentes escenas que darán idea del conjunto.

Muchos de los grupos que habian invadido el Cuerpo legislativo, estaban á las cuatro de la tarde delante del Hotel de Villa, el palacio de las revoluciones parisienses.

Aquí todas las puertas se hallaban abiertas, y los primeros que se presentaron pudieron entrar libremente hasta la sala del Trono, que muy luego estuvo llena.

A poco rato llegaron los miembros del nuevo gobierno, que eran los diputados por Paris que se apresuraron á proclamar la República.

Inmediatamente surgió la cuestion de los colores nacionales para la bandera francesa.

Muchos obreros pedian la bandera roja y ya habian enarbolado algunas de este color en el Hotel de Villa; pero el gobierno no cedió, y á ejemplo de Lamartine, Gambetta consiguió que prevaleciera la tricolor, diciendo que era la de 92 y 93, la bandera verdaderamente nacional de la Francia.

Como en 1848, los primeros actos del gobierno tenian efecto en los balcones del Hotel de Villa.

A las cinco de la tarde M. Gambetta salió al balcon con MM. Jules Ferry, Emmanuel Arago y J. Favre y leyó la lista del gobierno provisional que se compone, como hemos dicho, de los diputados por Paris, con mas el general Trochu, cuyos nombres son los siguientes:

Emmanuel Arago, Crémieux, Jules Favre, Jules Ferry, Gambetta, Garnier-Pagés, Glais-Bizoin, Pelletan, Picard, Rochefort, Jules Simon, general Trochu.

Rochefort habia pasado sin transicion de la cárcel al Hotel de Villa.

Al principio de la tarde un grupo de quinientas á seiscientas personas se habia dirigido á Santa Pelagia, en donde se hallaba encerrado el diputado de la primera circunscripcion de Paris, y en coche descubierto sus amigos le habian llevado al Hotel de Villa en medio de las aclamaciones de la muchedumbre.

A todo esto llegaba la noche, y Paris iba tomando por instantes un aspecto imponente.

En varios arrabales, y principalmente en Belleville se formaban legiones de gente del pueblo que bajaban con orden hacia el centro.

Ya se levantaban los primeros árboles de la Libertad, adornados con cintas, banderas rojas, tricolores y farolillos de todos colores.

En los grupos venían mujeres, soldados de línea, guardias nacionales improvisados, unos con armas y otros sin ellas, y al desfilar por los bulevares cantaban los himnos patrióticos y daban vítores á la República.

A las nueve de la noche toda circulación en los bulevares era imposible.

No se puede ver nunca sin cierto temor esa multitud agrupada en las calles, ocupándolas, obstruyéndolas: un accidente cualquiera que pusiera en movimiento á esas masas, produciría desgracias incalculables.

Y sin embargo, son contadas las ocasiones en que se han producido: con la misma calma, con la misma regularidad con que se reúnen así se disuelven.

A medida que avanzaba la noche, las oleadas de gente volvían á tomar el camino que habían traído, y pocas veces se podrá decir que una revolución como la del 4 de setiembre se ha consumado con tanta tranquilidad y tanto orden.

El día siguiente principiaron á ser conocidos los actos del nuevo gobierno que se llama y se firma en todos sus actos, « Gobierno de la defensa nacional. »

« La patria está en peligro, » hé aquí el primer grito de los nuevos gobernantes.

Con efecto, el enemigo avanza hacia Paris y el gobierno excita á los ciudadanos á defenderse, apela á su patriotismo y dispone por su parte todos los medios de defensa.

La fabricación, comercio y venta de armas han quedado absolutamente libres.

Al notificar el advenimiento de la República á las naciones extranjeras, el ministro de Relaciones exteriores, M. Julio Favre, ha expuesto sus ideas con respecto á la guerra.

Pregunta al rey de Prusia si quiere continuar una lucha impía, habiendo declarado que hacia la guerra no á la Francia, sino á la dinastía imperial, ahora que está caída la dinastía y la Francia entera se levanta.

¿Quiere dar á la generación actual el horrible espectáculo de dos naciones que se destruyen entre sí, acumulando las ruinas y los cadáveres?

Si así es, caiga sobre él la responsabilidad, pues el gobierno de la República está resuelto á « no ceder ni una pulgada de su territorio, ni una piedra de sus fortalezas. »

« Tenemos, dice, un ejército decidido, fuertes bien provistos, un recinto bien fortificado, y sobre todo tenemos los pechos de 300,000 combatientes que se mostrarán firmes hasta el último. Cuando van piadosamente á depositar coronas al pié de la estatua de Estrasburgo, no solo obedecen á un sentimiento de admiración entusiasta, sino que se inspiran en su ejemplo, juran ser dignos de sus hermanos de Alsacia y morir como ellos.

« Detrás de los fuertes, tenemos las murallas, detrás de las murallas, las barricadas. Paris puede sostenerse tres meses y vencer; si sucumbiera, la Francia después le vengaría, continuaria la lucha hasta que pereciera en ella el enemigo. »

Esto es lo que el gobierno provisional dice á la Europa, protestando al mismo tiempo de que ni antes ni ahora ha querido otra cosa que la paz, pero una paz honrosa para Francia y que para el mundo sea definitiva.

Es de creer que las potencias tomarán cartas en el asunto; pero entre tanto los prusianos se acercan á Paris, y quizás dentro de cuarenta y ocho horas se hallarán en sus inmediaciones.

Por consiguiente, es de toda necesidad contar y preparar las fuerzas.

Los periódicos tienen datos muy tranquilizadores. La división del general Vinoy con 40,000 hombres está entrando en Paris; el ejército de Lyon se compone de 100,000 hombres; en Paris hay de 25 á 30,000, sin contar los regimientos de nueva formación, como aduaneros, forestales, etc.; y luego habrá también en los fuertes y en las murallas los 200,000 móviles que han sido llamados y los 150,000 de la guardia nacional que ya tienen armas.

Finalmente, con las municiones disponibles, estas fuerzas deben sostenerse dentro de Paris y en sus cercanías todo el tiempo necesario para que se reúnan los hombres de veinte y cinco á treinta y cinco años, ó sea un total de 600,000 hombres, de los cuales 350,000 serán veteranos.

Dentro de un mes estarán prontas todas estas tropas que, á la par con los ciudadanos, se confía salvarán á Francia de las multitudes invasoras.

Las últimas noticias dejan pocas esperanzas de paz.

Es verdad que se continúa hablando de reuniones diplomáticas entre los embajadores y ministros de las diferentes potencias que aun están en Paris; pero al mismo tiempo la autoridad militar toma disposiciones, que nos anuncian ha llegado para Paris el momento supremo. La terrible invasión llama á nuestras puertas.

MARIANO URRABIETA.

Poesías.

A MI MADRE

DESPUES DE UNA LARGA AUSENCIA.

¡Héme á la fin posado en tu regazo.
Oh, madre de mi amor, dulce y querida!
Héme por fin en el ansiado instante,
El mas bello y felice de mi vida.

¡Mi mano estrecha, besa mis megillas,
Acaricia mi blanda cabellera,
Como lo hacías en las dulces horas
De mi veloz, hermosa primavera!

Niño aun, en la aurora de la vida
Dejé los goces de tu puro seno,
Por lanzarme á la mar embravecida,
Do reina solo el pavoroso trueno;

Por lanzarme á recónditas regiones,
En pos de los placeres y la ciencia...
¡Ya voló mi niñez!... ¡ya cayó el velo
Que tendiera en mis ojos la inocencia!

Y con faz altanera y pecho de hombre,
Vuelvo ¡oh madre adorada! á tu regazo;
¿No tienes besos para mí? ¿No tienes
Un maternal, refrigerante abrazo?

¡Oh! yo siento brotar dentro del pecho
Una llama de amor pura y eterna,
Llama de amor que la consagro toda
Para amarte á tí sola ¡oh madre tierna!

A tí sola, que nunca en mi memoria
Otra mujer su imágen esculpiera;
A tí sola yo amé y sobre tí sola
Tenderé mi mirada postrimera.

¡Cuántos campos crucé! ¡cuántas montañas!
Y siempre, siempre te llevé conmigo,
Cual peregrino reverente lleva,
Do quier que vaga, el talisman consigo.

Yo en tí pensé cuando entre el manso cielo
Y la mar que otro cielo semejaba
Los astros reflejando, en débil pino
Solitario, tristísimo viajaba.

¡Si hubieras visto el lloro que corria,
Al recordarte, por mis turbios ojos,
Cuando en borrasca horriponda, ante el cielo,
Pidiendo vida me postré de hinojos!

Yo pisé las espléndidas riberas
Del Lis, el Mosa, el Támesis y el Sena
Y de Pirene en la escarpada falda
Sonó también mi voz de angustia llena.

Yo ví al lejos, de nubes circundados
Los riscos mismos do cantara Ossian:
Vi ciudades batidas de oro y mármol,
Su grandeza y su lujo... ¡necio afán!

Sin tí, ¿qué eran el lujo y la grandeza?
¿Qué la beldad sino cual polvo vano
Que lleva el aquilon, cual gota de agua
Que arrebató y absorbe el Oceano?

¡Hoy reposo en tu seno, madre mia!
Y aunque te encuentro sola, ya no lloro;
Que ese esposo adorado que perdiste,
Y que fué tu purísimo tesoro.

Yo mismo, lejos de mi hogar vagando,
Vile tender su majestuoso vuelo,
Y entre columnas de azulada lumbre
Volar á los alcázares del cielo.

No llores, ¡dulce Madre! En mí contemplas
Al hijo que con tanto ardor amaste;
Al hijo cuya vuelta deseabas;
Al hijo por quien tanto suspiraste.

¡Estréchame entre tus brazos! De hoy mi vida
Corra unida á la tuya en lazo fuerte,
Y ¡ojalá, sí, que en vez de separarnos
Nos hiriera á la par la dura muerte!

José JOAQUIN BORDA.

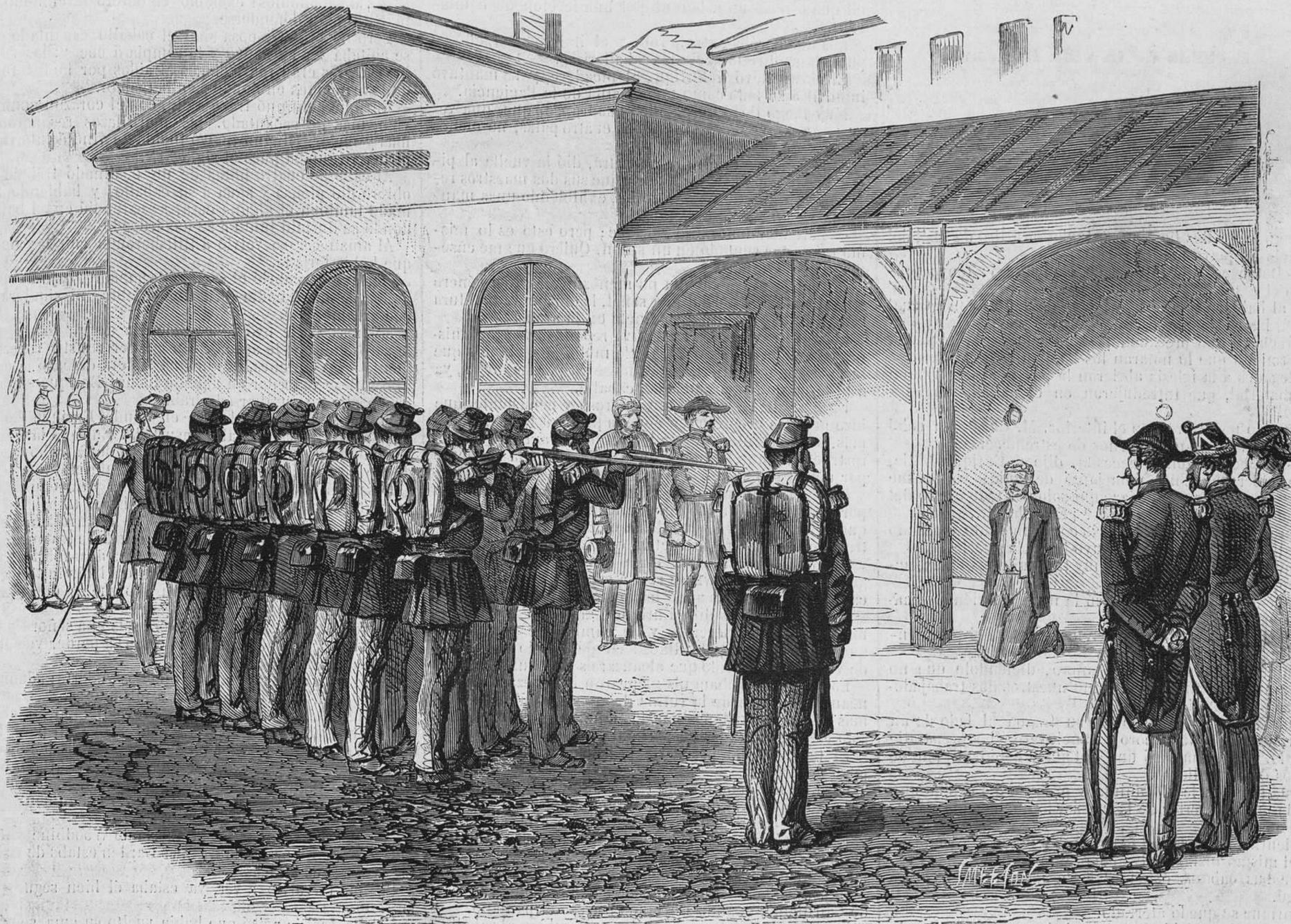
MEDITACION.

Si al vagar en playa silenciosa
Al pálido lucir de tibia estrella
Busca ansiosa la vista alguna bella
Que al pecho vuelva su perdida paz,
Y el rayo de la luna silenciosa
Al quebrarse en las olas amarillo
Esparciendo doquier su triste brillo
Baña mi frente en plácido solaz,
Sentado junto al mar con triste calma
A la luz misteriosa que ríela
Entre los pliegues de pintada vela
Sigue el ojo tal vez su inmensidad,
Entonces siento estremecerse el alma
Y nuevo mundo y existencia ansio
Que viniera á llenar este vacío,
A dar vida á mi triste soledad.
Ya no quiero la brisa ni las flores
Que se alzan en la bella Andalucía,
Ellas no han de volver al alma mia
Su apetecida calma y su inquietud,
Que se pierda en sus verdes cenadores
La voz del trovador de los festines,
Y olvidada tal vez en sus jardines
Haga gemir la brisa su laud.
Yo quiero contemplar tu ardiente cielo,
Oh América, y tu rústica belleza,
Y latiendo de vida y de fiereza
Mirarte palpitar bajo mis piés.
Al ronco torbellino en pardo velo
Ceñir tu sien, y al viento en la cascada
Rizar tu cabellera destrenzada
Que coronan las palmas, y el ciprés,
Y si amarillo vendabal embiste
Tu musgosa muralla, ardiente Lima,
Y al abrasado soplo de tu clima,
Se troncha con tus palmas mi laud,
Yo te amaré como á la virgen triste
Que de rudas pasiones combatida
Siente en su corazón lleno de vida
Agitarse la ardiente juventud.
Bellos son los matices de la rosa,
El brillo del rocío entre la grama,
Mas ¡ay que solo el corazón se inflama
Al mirar de las rocas la altivez!
Que si el color rosado de una hermosa
Refleja en nuestras almas dulcemente,
Solo hace servir nuestra agitada mente
El ojo negro, y la morena tez.
¡Quién me diera beber el soplo ardiente
Del trueno que en las peñas se derrumba,
Y hace vibrar en su olvidada tumba
Las cuerdas de la lira de Ossian!
Entonces al rodar sobre mi frente
Llevará mis acentos la tormenta,
Y al quebrarse en la roca cenicienta
Los cantará en su silbo el huracán.
Y ronca como el mar, como él inmensa
En sus olas mi voz se perdería,
Y si es fuerza morir, esta agonía
Fuera al menos solemne como el mar.
Coronará mi sien la niebla densa,
Y por alivio á mi fatal despecho,
Encontrará tal vez mi triste pecho
Aun algo que sentir, que contemplar.

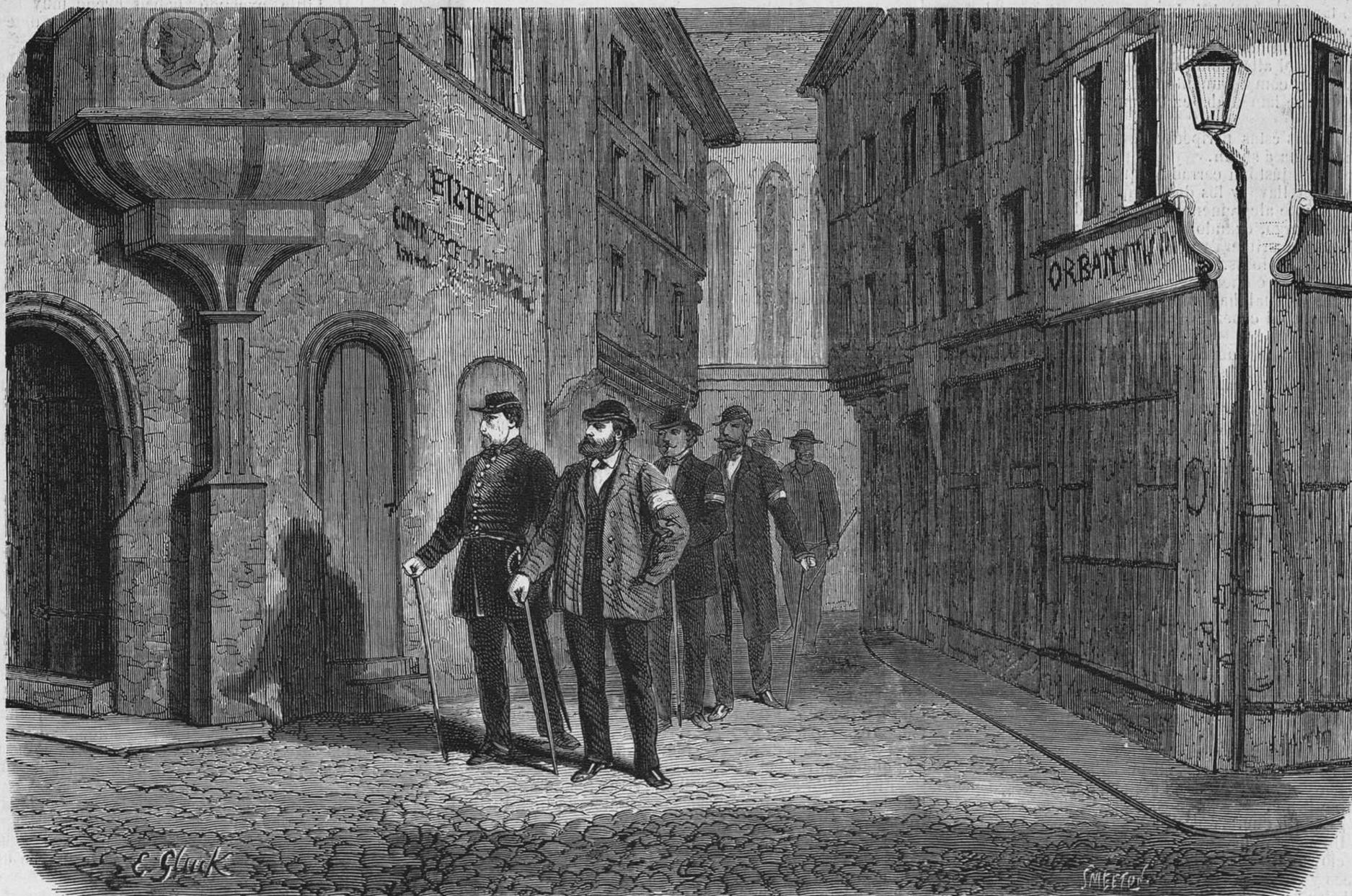
F. V.



PARIS. — El consejo de guerra.



PARIS. — Ejecucion de Hardt ,espia prusiano, condenado á muerte por el consejo de guerra.



LA GUERRA. — Una ronda nocturna en Colmar.

Escenas de la vida inglesa.

EL OBRERO.

(Continuacion. — Véase el número 922.)

Cuando los dos hombres estuvieron á tiro de fusil del palacio un perro ladró.

— Deteneos, dijo Little á su compañero: tengo previsto el caso.

Y al hablar así sacó una banda de fieltro con la cual rodeó las ruedas del carro.

Gracias á esta precaucion, si no engañaron al perro, pasaron sin que lo notaran los habitantes de la casa.

Llegados á la iglesia abrieron la puerta y descargaron su material, que introdujeron en el edificio abandonado.

Cuando penetraron en el interior, M. Cheetham echó una mirada y no pudo menos de estremecerse.

— Mucho corazon se necesita, dijo á Enrique Little, para haber concebido semejante designio; yo no me atreveria á venir á trabajar aquí solo por todo el oro del mundo. ¡Cielos! ¿Qué es eso? ¡Escuchad!...

Parecia oírse en el santuario como un canto profundo y lastimero. M. Cheetham huyó hacia la puerta.

Tampoco Enrique estaba muy tranquilo; pero sin embargo, se hizo el valiente.

Encendió su farol y recorrió la nave, dirigiéndose hacia el coro.

Los pasos resonaban lúgubramente sobre el pavimento; Enrique registró el coro y no halló nada.

Entonces llamó á su compañero, diciéndole que no habia ningun peligro y al punto nuestros dos trabajadores se pusieron á la obra.

Cuando hubieron instalado su fragua al lado de un pilar situado junto al coro y concluyeron los preparativos, M. Cheetham sacó una botella y bebió un par de tragos de aguardiente.

Esta libacion le dió ánimo y propuso á Enrique una ronda por el interior de la iglesia, lo que ejecutaron seguidamente.

Mientras recorrian el coro oyeron un fuerte ruido; y en el mismo instante algo como un negro fantasma cayó sobre sus cabezas con un viento glacial: el farol se apagó.

Enrique se quedó aterrado.

M. Cheetham dejó caer el farol, lanzando un grito de espanto.

Al cabo de un instante Enrique, habiendo vuelto en sí, encendió otra vez la luz y emprendió, no sin temblar, otra exploracion de aquellos lugares.

No tardó en descubrir la causa de la alarma.

Era un cuadro viejo que estaba detrás del coro, cuyo lienzo, que súbitamente se desprendió del marco, colgaba sobre el altar como un ala monstruoso.

Esta vez, completamente tranquilo, corrió á M. Cheetham que se lamentaba en el cementerio y le explicó la aventura.

Con todas estas peripecias se perdió tiempo, y ya la noche tocaba á su fin.

Enrique ajustó la cerradura que habia traído, cerró la puerta con llave y los dos compañeros volvieron á tomar bastante alegremente el camino de Hillsborough.

Sin embargo, cuando Enrique se encontró en la cama, se sintió por primera vez en su vida, dominado de terrores supersticiosos.

— ¡Extraña coincidencia, se dijo, que el antiguo cuadro ante el cual han orado mis antepasados se haya caido sobre mi cabeza, cuando yo ponía una fragua sobre sus tumbas!

La luz del día vino á disipar estas ideas lúgubres y el animoso trabajador se preparó á comenzar la lucha.

Como sucede siempre para lograr hacer dinero, es preciso empezar por gastarlo.

Enrique necesitaba un caballo para su caminata cotidiana.

Compró pues, un caballo por un precio módico; pero no era todo tener montura, habia que saber montar.

Enrique solo tenia dos días para adquirir aquel talento que le era completamente extraño, y así fué que recurrió á un medio pronto.

Se fué al circo y preguntó por el clown.

Un moceton de aspecto travieso salió de la taberna antigua y le dijo:

— ¿Qué quereis?

— Quiero ver al clown.

— Pues soy yo.

— ¡Cómo! ¿Sois vos quien hace reir tanto á la gente?

— Sí; pero nada mas que de noche: si venís á que os divierta, pagad un chelin.

— No vengo á eso. Quiero aprender á montar á caballo.

— Sois demasiado viejo. Nosotros comenzamos en cuanto podemos tenernos en pié sobre un caballo.

— Por esa razon no soy ambicioso. Solo deseo poder tenerme firme.

— ¿Cuánto quereis pagar?

— Un soberano.

El clown se volvió á la taberna, y dijo á un hombrecillo seco y curtido: cuyos cabellos negros cuidadosamente arrollados relucian de pomada, que estaba allí un imbécil

que ofrecia un soberano por una leccion de equitacion.

Los dos acróbatas salieron, y el italiano cargado de pomada se dirigió hacia las caballerizas.

El clown llevó á Enrique al picadero, y se mantuvo inmóvil á su lado como una estatua de la Paciencia.

Muy luego llegó un pacífico cuadrúpedo que, una vez en la arena, se plantó sobre sus cuatro patas, no menos inmóvil que el clown.

Enrique, izado sobre la montura, dió la vuelta al picadero á galope corto, en tanto que sus dos maestros recorrian un círculo mas estrecho, exhibiendo unas mandíbulas de un codo de largas.

— Perfectamente, dijo Enrique; pero esto es lo mismo que estar sentado en un sillón. Quiero que me enseñéis las dificultades.

Le trajeron otro caballo no menos dócil en su género que el primero; pero á una señal, la obediente montura se encabritó y plantó á su jinete en la arena.

Por diversos medios se obtuvo repetidas veces el mismo resultado, esto es, M. Little midió la distancia que le separaba de la tierra, apeándose ya por las orejas, ya á lo largo de los costados del caballo.

El aprendiz se mostró tan valeroso y persistente, que hizo grandes progresos en aquella primera leccion; además, su excelente carácter le granjeó la amistad de sus instructores que le invitaron á volver el día siguiente por medio soberano.

Enrique se guardó muy bien de faltar, y esta vez tuvo por instructor á un alegre americano, que le enseñó lo que debia hacer y lo que debia evitar, y le dió una instruccion no menos instructiva que humorística.

Su modo de imitar la mala traza á caballo era tan graciosa, que el clown se reía á carcajadas, lo que nunca le sucedia sino cuando hacia sus ejercicios.

— Muy bien, le dijo Enrique; gracias á vos, he tomado una buena leccion, y en cambio me permitireis que os dé un consejo: Haced en público lo que acabo de ver, y os respondo que alcanzareis un triunfo.

Los tres saltimbanquis menearon la cabeza simultáneamente; ¡salir de la rutina delante del público! ¡Jamás! Esas excursiones por los dominios del capricho, solo están permitidas en particular.

El tercer día el precio de la leccion se redujo á un jarro de cerveza.

Pero en la noche de este tercer día, el alumno resolvió practicar ya lo que tenia aprendido.

Dijo á su madre que iba á Cairnhope á pasar la noche, y luego montó á caballo despues de haber metido en las bolsas de la silla las provisiones y las herramientas que necesitaba.

El sol acababa de desaparecer por detrás de los pisos de Cairnhope, cuando Enrique atravesó el pantano.

Penetró en la iglesia, donde metió tambien al caballo, encerrándole en el banco del squire.

Luego encendió su farol, se adelantó hacia el coro y contempló el cuadro.

El lienzo seguia como le dejó, medio colgando del cuadro sobre el altar.

Por todas partes las paredes estaban húmedas, y aquí y acullá se veian algunas verdes placas de moho sobre el color gris de los pilares.

Enrique escuchaba casi temblando el ruido de sus pasos que, repetido de eco en eco, parecia decirle que no estaba solo.

Fuera del radio que alumbraba su farol, todo lo demás se hallaba sumergido en la oscuridad mas profunda.

Además, el viento que penetraba por una porcion de aberturas, producía un sonido lúgubre.

A falta de otra compañía, Enrique se conceptuó dichoso, porque tenia la de su caballo.

— Vamos, se dijo, manos á la obra.

Cuando llenó su artesa con agua que fué á buscar á la fuente de la montaña, y dejó uno de sus cubos entero para otros usos, preparó su fragua y la encendió.

En tanto que manejaba sus fuelles y que los carbones al encenderse arrojaban chispas mas y mas vivas, vió brillar figuras monumentales: las mutiladas estatuas le miraban con ojos muertos, y en las paredes se dibujaban objetos de forma indecisa, un brazo monstruoso, una cabeza de caballo de gigantescas proporciones.

El fuego que alumbraba una parte de aquel sombrío edificio, hacia aun mas intensa la oscuridad contigua.

Parecia que aquel rayo luminoso debia atraer á su círculo toda una legion de fantasmas escapados de negras profundidades.

El jóven Little, que se habia aventurado á aquella empresa con todo el escepticismo del siglo XIX, comenzaba á arrepentirse de haber elegido semejante taller. Era casi á sus ojos una profanacion.

Sin embargo, la reflexion acudió en su socorro.

Habiendo levantado la cabeza, distinguió por una abertura practicada en el techo, una brillante estrella que le apareció como el ojo eterno del que todo lo ve.

Dió una palmada y dijo:

— Creo que Dios, que me ha visto arrojado de las moradas humanas, me perdonará que me haya refugiado aquí, y si me perdona, ¿cómo podrán ofenderse los muertos, cuyo sueño estoy turbando?

Y habiendo hablado así, tomó con sus tenazas la hoja que se enrojecia en los carbones.

El martillo comenzó su oficio, y sus repetidos golpes hicieron resonar las bóvedas, en tanto que una lluvia de fuego saltaba á la derecha y á la izquierda de su fragua improvisada.

De repente, un ruido como el del trueno, seguido de un gran crujido, puso en conmocion á la antigua iglesia, y negras sombras cruzaron por el rádio luminoso.

— ¡Mil demonios! exclamó el obrero levantando su martillo para defenderse.

Pero no era otra cosa sino el caballo espantado que se agitaba en su banco y le rompía á coces: las sombras negras eran murciélagos aterrorizados por la luz fuera de los rincones en donde se albergaban.

Enrique continuó trabajando, con el corazon conmovido, mas no espantado. Los martillazos resonaron á mas y mejor. Ningun nuevo incidente vino á interrumpirle: triunfaba pues el siglo XIX.

Al cabo de cuatro horas de un obstinado trabajo, el obrero dió pienso y agua á su caballo, y habiendo tomado tambien él alguna cosa, se extendió en el banco donde se durmió junto á su cuadrúpedo.

Al amanecer se volvió á Hillsborough con las hojas que habia forjado.

Enrique descubrió el secreto á su madre, bajo la condicion de que á nadie diria una palabra, ni siquiera al doctor Amboyne.

Mistress Little oyó la confidencia de un modo que le sorprendió y le animó. Sin querer resistir abiertamente á las Uniones, la anciana señora deseaba que su hijo saliese vencedor en aquella lucha. Enrique encontró en ella un auxiliar admirable.

Si hubiese sabido el sitio en donde Enrique habia puesto su fragua, se habria asustado. Enrique la habló vagamente de un lugar aislado cerca de Cairnhope, en donde no habia peligro de que le descubrieran.

Descuidó la escultura que practicaba para engañar á la gente. El artista se contentó con hacer trabajar á su aprendiz, cuya aptitud para esto se desarrollaba cada día, á pesar de su incapacidad para todo lo restante.

Mistress Little hizo una ó dos visitas á las fábricas para observar la obra de las mujeres en la industria que le interesaba, y un día dijo á su hijo que se encargaba de afilar y de rematar las hojas.

— No, madre mia, respondió él; sois una señora y no una obrera, y no permitiré que echeis á perder vuestras hermosas manos.

— Sí, pero á mí me gustará mucho ayudarte; además, querido hijo, tendré cuidado con mis manos.

Mistress Little insistió, y en breve tiempo adquirió una habilidad muy notable. Es un arte fácil para las mujeres, y en el cual pueden sobrepasar á los hombres.

Siguieron con ardor trabajando. De día Enrique hablaba mucho en la ciudad de su escultura, y de noche montaba á caballo para ir á trabajar verdaderamente sobre los sepuleros de sus abuelos.

Mas de una vez llamó á la puerta de Woodbine-villa; pero en vano, pues siempre miss Garden estaba de visita en casa de sus amigos.

Cuando la volvió á ver, ya estaba él bien seguro de su fortuna.

Un día Jael le avisó que habia vuelto su ama, se presentó y fué recibido.

El cuarto en donde entró estaba desierto; pero Gracia se presentó muy luego acompañada de Jael, que traía el busto.

— ¡Ah! M. Little, exclamó, habeis hecho muy bien de venir, porque tengo una reunion el martes, y desearia que mi busto estuviese acabado, si es posible.

— Nada mas fácil, contestó Enrique.

Y se puso á la obra, esperando el momento en que se alejara Jael para continuar su explicacion con miss Garden.

La jóven no parecia cortada.

¿Habia olvidado la extraña conversacion principiada en la leccion precedente, ó fingia olvidarla?

En cuanto á Jael, parecia que tenia orden de no moverse.

Cuantas veces miss Garden necesitaba alguna cosa, iba á buscarla ella misma, y luego volvia precipitadamente y sin ruido, como si hubiese querido sorprender á las dos personas que habia dejado solas.

¿Qué significaba aquella desconfianza?

Enrique aprovechó una de aquellas ausencias para pedir á Jael otro consejo, y Jael le respondió á media voz y sin levantar los ojos:

— Creo que hoy debéis callaros, le dijo; ciertamente os dará ocasion para explicaros un día ú otro. Cuando la oigais venir, habladme de mi familia ó de otro asunto indiferente.

Enrique se conformó, y por primera vez no habló de Gracia, lo que sorprendió mucho á esta.

Cuando la oyó acercarse, no se interrumpió. Continuó hablando con cierta animacion de la granja de Cairnhope y de sus habitantes, y se extendia acerca de sus supersticiones en tono de burla, á punto que el eria-do anunció:

— M. Coventry.

Enrique se detuvo á la mitad de una frase comenzada.

— Que entre, dijo Gracia, cuyo rostro se encendió con un destello de gozo.

M. Coventry era un hombre de alta estatura y buena traza, con una nariz aguileña y un semblante agradable, aunque algo ajado para su edad, pues no tenia mas de treinta años. Saludó á miss Garden con mucha soltura, y no prestó mas atencion á las otras dos personas que á los muebles que habia en el aposento.

M. Federico Coventry habia estudiado el arte de agradar, y le conocia, pero nunca hacia de él un uso inconsiderado.

Estaba allí para complacer á una mujer á quien amaba, no para gastar sus ventajas personales.

Hizo la corte á Gracia abiertamente, y con una seguridad contenida por el respeto y la delicadeza de un hombre bien educado.

Enrique Little, devorado por los celos, le observaba

mientras hacia que trabajaba en su obra; pero muy luego el rival dominó al artista, y apenas podía dirigir el cincel con su mano trémula.

La lisonja disimulada es la que mas encanta á la mujer acostumbrada á los homenajes directos; y es lisonja disimulada la actitud de un hombre que parece aislarse del mundo para no ocuparse sino de la mujer á quien quiere agradar.

Tal era la actitud de M. Coventry, y Gracia se complacia tanto mas cuanto que un instante la habian olvidado las personas que la rodeaban.

Así era que recompensaba á su admirador con una amabilidad que penetraba con mil saetas el corazon de Enrique.

El dolor del pobre artista se hacia intolerable.

¡Qué situacion! ¡Estaba con el cincel en la mano copiando las facciones de la mujer que amaba, en tanto que otro hombre le dirigia en su presencia homenajes que recibia gustosa!

A los pocos instantes de tan cruel tortura, el cincel se escapó de sus manos, lo que causó una sorpresa general.

Pálido, con las miradas extraviadas, se levantó, y sabe Dios lo que iba á decir ó lo que iba á hacer, si por fortuna no hubiese llegado otro visitante para quien nunca la puerta estaba cerrada.

— ¡Ah! M. Raby, exclamó Gracia corriendo al encuentro del recién llegado: ¡qué sorpresa tan grata!

M. Raby besó en la frente á la jóven y estrechó la mano á M. Coventry.

Después dirigió una palabra amistosa á Jael Dence, que se habia levantado para hacerle una reverencia; pero apenas echó una mirada distraida al busto y á su autor.

El squire no estaba despacio, y declaró inmediatamente el objeto de su visita.

— Mi querida Gracia, dijo, la última vez que os vi deplorabais que no se celebrara la Navidad en Hillsborough como antiguamente, en tiempos que no habeis visto...

— Y siempre lo deploro.

— Pues bien, en Cairnhope se celebra lo mismo que hace tres siglos. He sabido que vuestro padre marcha á Londres. ¿Quereis honrar con vuestra presencia Rabyhall estas Navidades?

Miss Garden abrió los ojos con sorpresa.

— Ciertamente.

— ¿No os importará tener que estar encerrada por causa de la nieve?

— No me quejaré de tan buena suerte, respondió la jóven con una amable sonrisa.

El squire se volvió hácia M. Coventry, y le dijo con desenvoltura:

— Os haria el mismo convite si no temiera que mi vieja mansion fuese una estancia demasiado severa para un hombre de mundo como vos.

— No lo juzgo yo así, respondió el jóven. En todo caso, habeis mucho mas de lo preciso para dar atractivos á la estancia.

— Pues entonces ya no vacilo en convidaros.

Y hablando así, dirigió á la jóven una mirada que queria decir:

— ¿No soy un hombre amable?

M. Coventry se apresuró á aceptar.

— ¿Os quedais á merendar, padrino? preguntó miss Garden.

— Gracias, no meriendo nunca. Con que está convenido, os espero á los dos la víspera de Navidad. Comeremos á las seis, pero venid un par de horas antes, si es posible. En cuanto á vos, Jael, no necesito deciros que se os espera á comer en Raby-hall como de costumbre, con vuestro hermano y vuestra hermana.

— No faltaremos, contestó la jóven haciendo otra reverencia.

— Traed vuestras escopetas, Coventry, porque podriais encontrar algunos faisanes. Y ahora que me acuerdo, ¿habeis consultado vuestros papeles de familia para aclarar el punto en cuestion?

— Perfectamente: Dorotea Raby, hermana primogénita de sir Ricardo, se habia casado con Tomás Coventry. Un escribiente que vive cerca de aquí ha copiado la genealogía.

— Me gustaria verla.

— Nada mas fácil, os la puedo enseñar al momento.

M. Raby agradeció mucho la atencion, y los dos hombres salieron juntos.

Miss Garden les acompañó hasta la puerta.

A su vuelta le llamó la atencion el estado en que se encontraba Enrique Little.

La inesperada aparicion habia puesto el colmo á su agitacion.

Aquel aborrecido pariente intervenia para arrebatarle toda esperanza; favorecia á su rival, le iba á reunir en su casa con su amada.

Enrique no pudo con tanto, y se dejó caer sobre su silla, lívido, tembloroso, casi inanimado.

Las dos jóvenes acudieron en su socorro.

— ¡Oh! ¡Dios mio! dijo Gracia, se desmaya: Jael, corred á buscar un cordial.

Jael se lanzó fuera del aposento, no obstante el ademán que hizo Enrique para detenerla.

— Es inútil, murmuró con voz apagada, no hay remedio en el mundo que pueda curarme. ¿Por qué he entrado yo en esta casa?

— M. Little, exclamó Gracia palideciendo tambien, os poneis malo, sufris, ¿qué tenéis?

— Gracias, no tengo nada. ¿Por qué sufriria yo?... Soy un obrero, ¿necesito tener un corazon?... ¡Oh, os

amaba tanto! Por vos trabajaba, por vos luchaba... y ¡vos amais á ese Coventry!... ¿Por qué no lo he sabido antes?

Jael volvió con un cordial, y Enrique la apartó con un gesto desesperado.

Gracia estaba ofendida: su seno palpitante indicaba la emociion que la dominaba.

— ¡Os atreveis á hablarme así!...

— Sí, me atrevo, porque os amo, os amo con delirio.

— ¡Gran Dios! ¿qué he hecho yo para justificar vuestra audacia? Mereceriais una leccion, pero quiero respetar vuestro dolor. No os diré mas que una palabra: ¡Adios!

La jóven se alejó con paso vacilante, aunque no sin arrojar una postrer mirada sobre su víctima.

En cuanto salió, Jael, fuera de sí, se arrojó á los pies de Enrique, le tomó las manos que besó con exaltacion, luego dejó caer su cabeza sobre su hombro y se deshizo en lágrimas.

En aquel momento se abrió la puerta con precaucion, y asomó la cabeza miss Garden, que queria hablar á Jael.

Viendo la actitud del jóven, se estremeció vivamente, y la sangre acudió á sus mejillas; pero fué un relámpago.

Una risa estridente resonó en el aposento.

Enrique y Jael se separaron instantáneamente.

— Dispensadme, amigos míos, si os interrumpo, dijo Gracia sin dejar de reir: queria saber dónde vive M. Little, y Jael me hará el favor de darme sus señas. Ahora estoy segura de que podreis lograr vuestro deseo...

Y Gracia cerró la puerta riendo con mas fuerza que antes.

Aquella risa, que era un conjunto de desden, de orgullo ajado, quizás de despecho, podia interpretarse de este modo:

— ¡Dios me perdone! He estado á punto de creer en vuestro amor, pero ahora estoy desengañada.

Enrique devoró la humillacion en silencio, luego recogió su cincel, y volviéndose hácia Jael, la dijo con una rabia concentrada:

— Ya nada tengo que hacer aquí.

— Decidme al menos las señas de vuestra casa, exclamó Jael, confusa con el espectáculo que acababa de dar á su señora.

— ¿Para qué?... ¿Para que me insulten de nuevo?...

¡Oh! ¡Su risa maldita!...

— No, Enrique, para mí.

— Eso es diferente; vos sois buena, pero á ella la aborrezco, sí, la aborrezco, tanto como la he amado.

Y dió las señas á Jael y salió de la casa.

XII.

APARICION INESPERADA.

En la tarde de aquel mismo dia, Gracia Garden entró en el cuarto de su padre y le dijo:

— Padre mio, tengo que pedir os un favor, y espero no me lo negareis.

— Veamos.

— Necesito cincuenta libras.

— ¿Para qué?

— Para pagar las lecciones de M. Little.

— ¡Cincuenta libras por eso! Me parece mucho.

— Es que tambien las lecciones han sido muchas; además, para deciroslo todo, le he despedido sin mucha ceremonia, y quisiera dorar la píldora. Sed amable, padre mio, concededme lo que os pido, y escribid lo que voy á dictaros.

— Vamos, niña mimada, no hay medio de resistiros.

Gracia dictó á M. Garden las líneas siguientes:

«Muy señor mio: mi hija me dice que no habeis recibido remuneracion alguna por las lecciones que la habeis dado, y bajo este concepto, os suplico acepteis el cheque adjunto, y que tengais á bien al mismo tiempo fijar el precio del admirable busto que habeis hecho para ella.

» Vuestro afectísimo

» WALTER GARDEN. »

La respuesta que recibió le sorprendió mucho. Al instante la comunicó á su hija.

Hé aquí su contenido:

«Muy señor mio: mis lecciones no valen nada; mas he aprendido que enseñado en vuestra casa. Permitidme pues que os devuelva vuestro cheque con mis gracias mas expresivas. El busto vale quinientas guineas.

» Vuestro afectísimo

» ENRIQUE LITTLE. »

Gracia se sonrojó, y sus ojos chispearon.

— Ese jóven necesita una humillacion, dijo miss Garden.

— No veo por qué, contestó su padre. Su lenguaje es muy cortés: en cuanto al busto, esa peticion de 500 guineas me parece un modo político de decir que quiere quedarse con él. No veo nada que merezca una leccion.

La jóven se encogió de hombros y se mordió los labios.

— Sois un hombre de negocios admirable.

Dicho esto, se calló, y dos lágrimas corrieron por sus mejillas, en tanto que murmuraba interiormente:

— ¡Insensato! Rechaza mi amistad... No puedo hacer nada.

Después de la excitacion momentánea que le produjo aquella correspondencia, Enrique Little volvió á caer en un abatimiento sombrío.

Su madre, que padecia viéndole en aquel estado, trató de consolarle haciendo que la confiara sus penas.

— Déjame que sea partícipe de tu dolor, le dijo; no es que puedas decirme algo que no haya adivinado, pero al abrirme tu corazon, te aliviará, y quizás podré consolarle. Conozco mi sexo mejor que tú, pues estoy segura de que hay una mujer en juego.

Enrique la dijo tristemente:

— Es tarde ya, querida madre, se va á casar con otro.

— ¿Te lo ha dicho ella?

— No, pero bien lo he conocido. Se ha divertido atormentándose con el espectáculo de su amor.

— ¡Quién sabe! Quizás no es un caso desesperado; quisiera conocerla.

— Quizás algun dia hablaré, hoy no. ¡Oh, Dios mio! ¿Se puede padecer tanto sin morir?

Mistress Little suspiró.

— ¿No me dirás siquiera su nombre?

— No puedo, no puedo... ¡Oh! madre mia, por piedad, no hablemos de esto, me volveria loco.

Mistress Little no insistió; se puso á su labor, y él á la suya, y entrambos trabajaron en silencio hasta que de repente oyeron el ruido de un coche.

Una hermosa jóven se apeó, teniendo en sus brazos un objeto voluminoso y bien empaquetado.

Al cabo de algunos instantes llamaron á la puerta del aposento; Mrs. Little abrió, y se presentó Jael Dence.

Las dos mujeres se miraron con ojos escudriñadores.

— ¿Vive aquí M. Little? preguntó la jóven.

Mrs. Little respondió afirmativamente con una sonrisa involuntaria. La fisonomía de Jael la agradaba.

— Tengo que entregarle esto.

— Dadme acá, yo me encargo.

— Es que desearia entregárselo á él.

Enrique, que habia reconocido la voz de su jóven amiga, se presentó y la pidió que entrara.

Mrs. Little la siguió con una ansiosa curiosidad, lo cual no agradaba á Jael, que habia contado con una entrevista á solas.

— Es el busto, dijo poniéndole sobre la mesa.

Enrique dejó escapar un gemido doloroso.

— ¿Con que ese es el caso que hace? ¿Me lo devuelve sin una carta?

— Esperad, traigo una carta.

— ¿Por qué no lo deciais? exclamó con impaciencia.

El billete que le entregó Jael estaba concebido en estos términos:

«Miss Garden saluda á M. Little y le envia su hermoso busto; siente que M. Little no quiera aceptar ninguna remuneracion por las lecciones que le ha dado, y le suplica acepte los votos que hace por su felicidad y prosperidad.»

Lo frio de este lenguaje traspasó el corazon del obrero.

— ¡Se acabó toda esperanza! murmuró: ¡Cruel mujer! Y sin embargo, no puedo aborrecerla.

Sintiendo que iban á estallar sus sollozos y no queriendo dar á las dos mujeres el espectáculo de su dolor, se apresuró á salir del cuarto.

Mrs Little era presa de esa irritacion propia de toda madre contra todo el que martiriza á su hijo.

— ¿Es el retrato de esa mujer? preguntó á Jael.

— Sí, señora.

— ¿Podria verle?

— Seguramente, voy á descubrirle.

— No, ahora no; ¡el modelo no es tan odioso!... Prefiero mirar un semblante franco y honrado como el vuestro. ¿Cómo os llamais?

— Jael Dence, para serviros.

— ¡Dence! ¡Ah! comprendo. ¿Sois de Cairnhope, no es verdad? Vuestro nombre me recuerda los mejores dias de mi juventud. Volved á esta casa, que otra vez sereis mejor recibida.

La jóven se sonrojó de placer. Pareció tan contenta con aquella invitacion, que Mrs Little la besó con efusion en las dos mejillas.

Largo rato hacia que ya habia salido cuando volvió Enrique.

Mrs. Little estaba sentada delante de la mesa contemplando con dolorosa amargura la obra maestra de su hijo.

Aquellos dos seres frente el uno al otro, ofrecian un singular contraste.

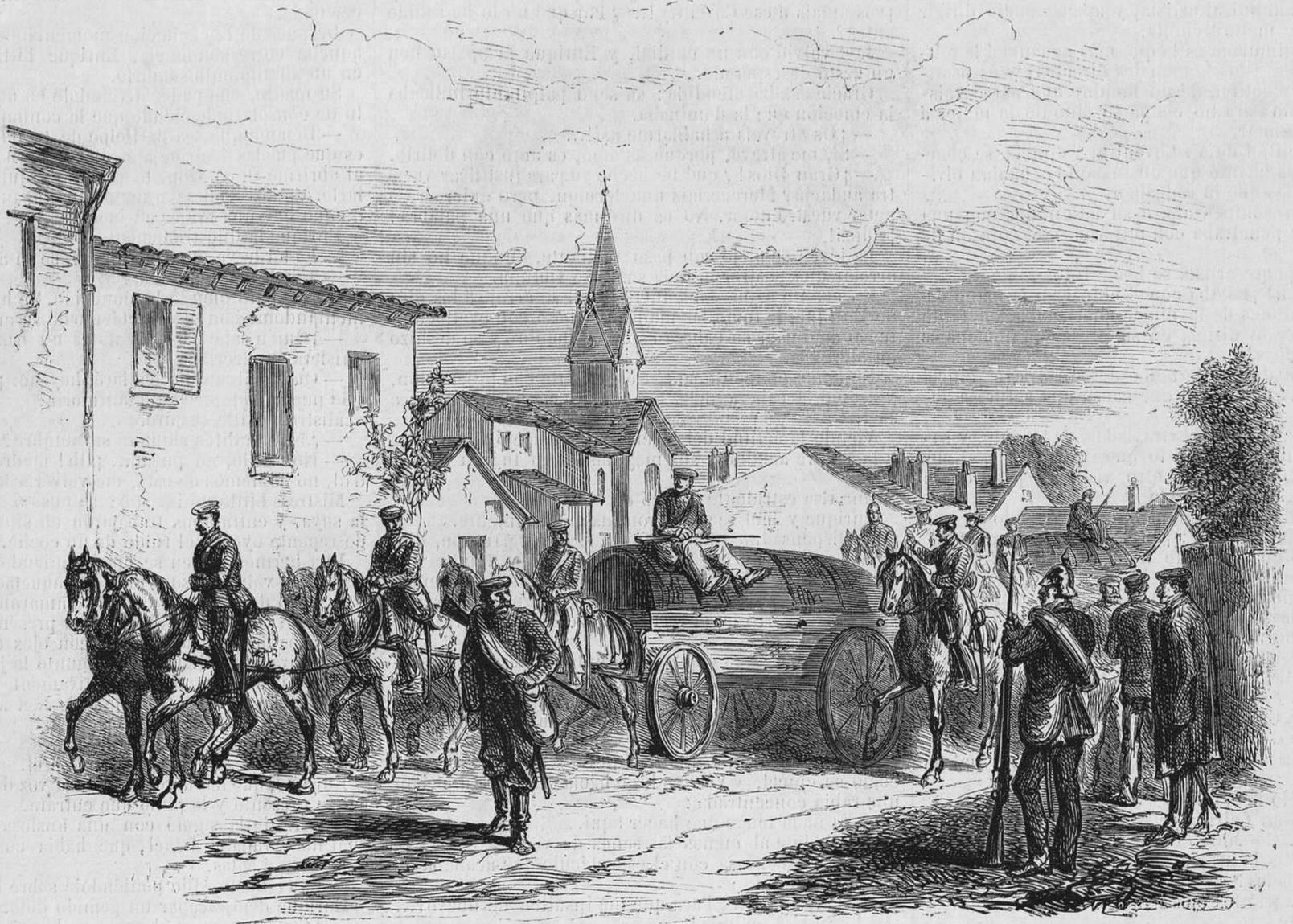
En tanto que la cabeza esculpida se levantaba impasible en su plácida belleza, la cabeza viva la estudiaba con ojo severo y escudriñador, pareciendo buscar su pensamiento íntimo bajo la envoltura de madera.

En tales casos, los ojos de una mujer, sobre todo los de una madre, tienen una terrible perspicacia.

Sin embargo, la expresion de aquellas hermosas líneas derrotaba á Mrs. Little.

— ¡Hermosa es, dijo la pobre madre, y el alma parece noble! ¿Por qué da Dios tal belleza con un corazon atravesado?

— Madre mia, contestó Enrique, no hableis mas de ella. Es una noble criatura, y tan buena como hermosa; no tiene mas defecto que el de amar á otro hombre. Encerrad ese busto y ocultadle á todas las miradas hasta que yo sea viejo, que andando el tiempo dirá á los que le vean por qué yo viví soltero hasta mi último dia. Buenas noches, querida madre, voy á mi trabajo nocturno. Era el mes de diciembre; los dias eran muy cortos y



LA GUERRA. — Convoy de pontoneros prusianos.



LA GUERRA. — La plaza Mayor de Pont-á-Mousson durante la ocupacion prusiana.

Enrique Little pasaba los dos tercios de su tiempo en la vieja iglesia de Cairnhope.

La esperanza que en un principio le estimuló en su obra ya no existía; pero por hábito continuaba trabajando.

Mas de una vez se sorprendia de su propia obstinacion en querer buscar la fortuna, siendo así que ya la fortuna no tenia para él ningun hechizo; pero la resignacion es una de las virtudes de un buen obrero y la indulgencia por sí mismo, que generalmente hablando, viene á ser para nosotros el estado normal, es una excepcion para él.

Enrique trabajaba tristemente con un peso en el corazon, como le sucede á menudo á mas de un hombre de su clase.

Para colmo de desgracia dormia poco y mal en las horas de reposo que interrumpian su trabajo nocturno.

En lugar de ese sueño reparador que es la recompensa ordinaria de los hijos de la lima y del martillo, no tenia mas que descansos cortos, febriles y agitados por sueños en armonía con el lúgubre sitio en que se hallaba.

La figura de Gracia Garden aparecia invariablemente en aquellos sueños.

Enrique creia oír los pasos de la ingrata jóven en el ruido que hacia la lluvia en los cristales de la iglesia, y en los gemidos del viento que silbaba por las grietas de las paredes creia oír el sonido de aquella voz amada: ¡dulce ilusion que se desvanecia al despertarse!

El día de Navidad, hermoso por la mañana, se puso sombrío por la tarde.

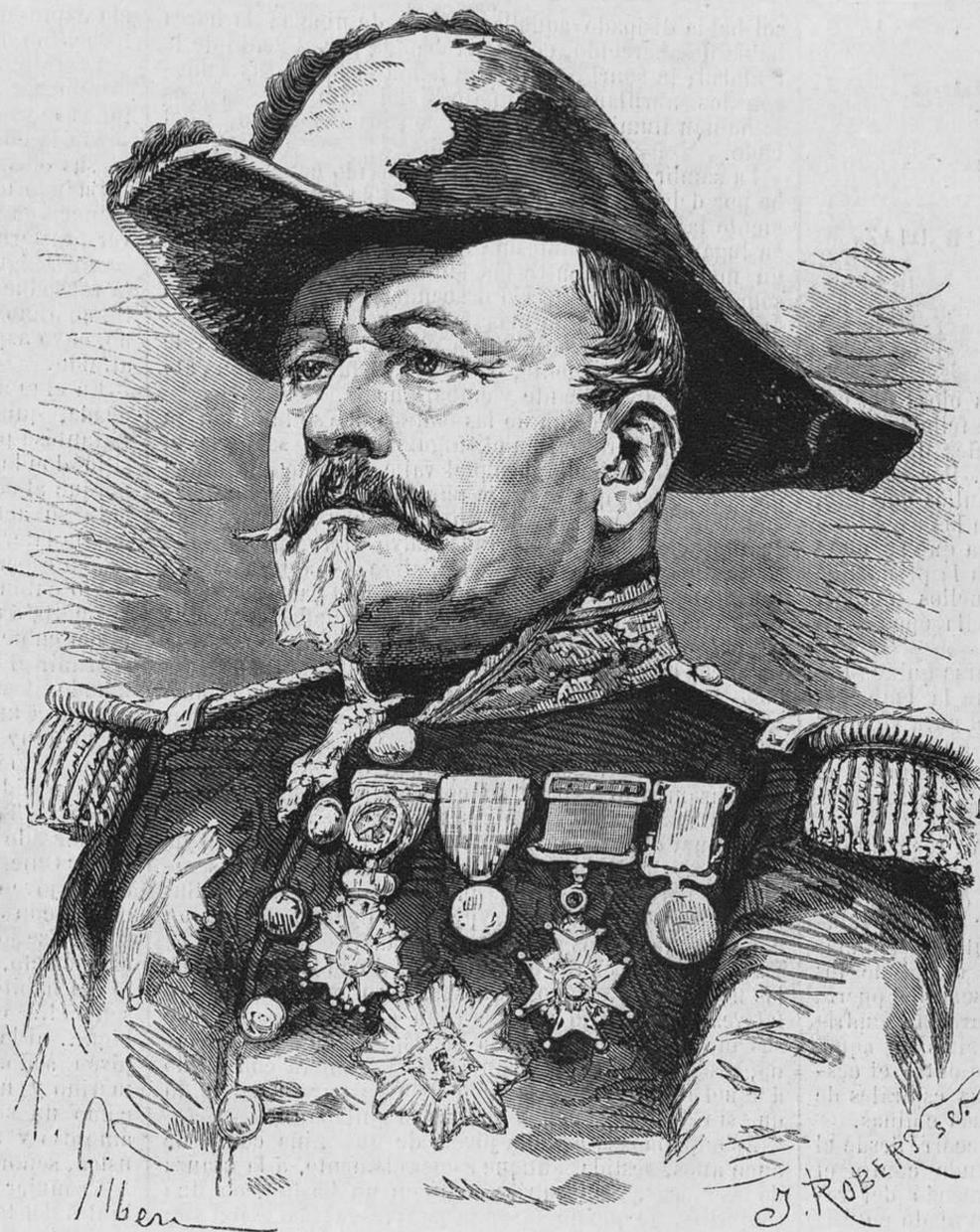
Mrs. Little suplicó á su hijo que se estuviera en casa; pero Enrique no cedió á las reiteradas instancias de su madre.

—¿Cómo pasaria la noche? El trabajo es mi único refugio... Si no fuera por mi fragua podria acabar como...

Iba á decir; como mi pobre padre, pero felizmente no lo dijo.

No pudiendo detenerle la tierna madre, quiso tomarse los cuidados que su prevision la dictaba.

(Se continuará).



El general Ulrich, defensor de Estrasburgo.

El general Ulrich.

El general Ulrich, comandante de Estrasburgo, nació en Falsburgo el 15 de febrero de 1802. Alumno de la escuela de Saint-Cyr, de la que salió en 1820, empezó su carrera militar en el tercer regimiento de infantería

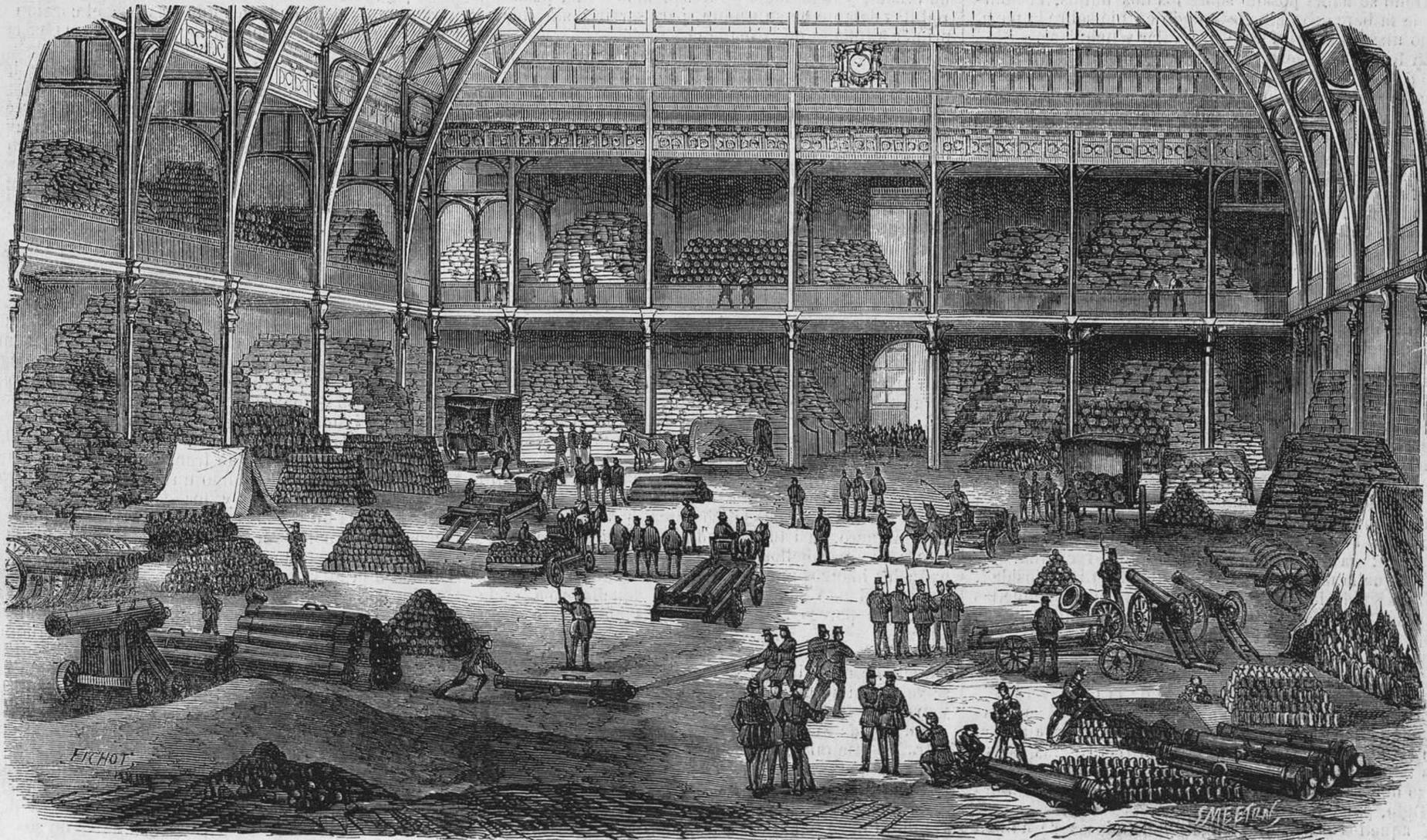
El general Ulrich ha tenido dos hermanos, de los cuales el uno ha figurado entre los mas brillantes coroneles del ejército. El otro es hoy intendente general. El general tiene tambien un hijo y sobrinos que son oficiales de estado mayor.

P. P.

ligera como subteniente, estuvo en España en 1823 y tomó parte en el sitio de Pamplona. Nombrado teniente en 1824 y capitán en setiembre de 1831, fué enviado á Africa y llegó á ser comandante de batallon del 3º de línea en 1844. Teniente coronel del 79, luego coronel del 3º ligero en abril de 1848, fué nombrado el 3 de enero de 1852 general de brigada, y de division el 11 de agosto de 1855.

Cuando estalló la guerra de Crimea en 1854, mandaba la subdivision del Bajo Rhin en Estrasburgo. Hizo aquella guerra á la cabeza de una brigada mixta de la guardia imperial entonces en formacion; varias veces la llevó al fuego del modo mas brillante y le nombraron divisionario en los últimos dias del sitio de Sebastopol. Habiendo vuelto á Francia recibió el mando de una division de infantería que fué comprendida en el quinto cuerpo del ejército de Italia. Finalmente, en 1867 entró en la reserva por la edad. El 31 de diciembre de 1857 fué promovido á comendador de la Legion de Honor y á gran oficial el 2 de agosto de 1862.

El general Ulrich es hoy todavia un hombre tan enérgico como vigoroso y activo. Nombrado últimamente al mando de la division militar en el pais donde ha nacido, ha tomado en Estrasburgo todas las medidas para oponer al enemigo que sitia la ciudad, una resistencia que esperamos será invencible, aunque la plaza se halla estrechada de cerca, y los ataques son terribles. Además, la ciudad está llena de espías, y para confundir sus manejos el general Ulrich ha publicado un bando diciendo: que toda persona sorprendida en los tejados será fusilada. Parece ser que por aviso de la ciudad supieron los prusianos la salida de 3,000 hombres recientemente ejecutada. Así fué que el enemigo estaba alerta aun antes de que los soldados franceses hubiesen atravesado las puertas de la fortaleza.



LA DEFENSA DE PARIS. — Almacenaje en el palacio de la Industria del material de guerra destinado á la defensa del recinto fortificado.

De Villahermosa á la China.

COLOQUIOS DE LA VIDA ÍNTIMA

POR DON NICOMEDES PASTOR DIAZ.

(Continuacion.)

Por eso brilla un rayo de alegría en sus ojos; por eso se dilatan sus labios con una sonrisa de felicidad, parecida á la de la madre que toma la niñez de su hijo por su propia alegre juguetona infancia. Por eso palpita su corazón á compás de los murmullos del aire, de los gemidos del mar ó de los trinos de las aves.

Por eso hay un momento en que sueña que su alma es joven todavía, que le viene estrecha la prisión de aquellos claustros y la angostura de aquellos montes. Es que no le queda ni memoria de aquella época, tal vez prematuramente sacrificada.

En la juventud no hubiera podido pararse quince minutos de seguida ante el espectáculo que la embelesa ahora. Entonces el sol estaba en sus ojos, el aura vital del amor en su aliento, el trinar de las aves en las modulaciones de su garganta, y el tumulto del Océano en el oleaje de su sangre, en la espumosa marea de su corazón, hirviente y atormentado.

Entonces en dos horas sus ojos hubieran recorrido el mundo, y mas allá del mundo, todos los que crea en su magia fecunda la omnipotente fantasía. Ahora su mirada había recorrido un breve espacio de cielo, y vuelta á la tierra, había seguido con la lentitud del andar de un anciano la corriente del río, desde el pié de los montes por donde se abre paso, hasta el seno del puerto donde se confunde con el mar. Ahora parecía escudriñar con tenaz interés las sinuosas revueltas de aquel canal, que ora dilata anchuroso su cauce entre el césped de los verdes sotos, ora enrosca sus espirales de esmeralda entre el laberinto de las fragosas colinas.

Como á la mitad de la extensión que recorre desde el fondo del valle, y donde arranca, rebotando contra el escarpe de un altísimo cerro, el último recodo del resapado cauce, los ojos de Irene se habían fijado en una barca, que conducida por cuatro remeros, se deslizaba entre sauces y espadañas, sobre las plateadas ondas.

En la popa de aquel bote descubriábase distintamente un grupo de dos figuras. Era la una de mujer, al parecer joven, envuelta en un manto oscuro, abrigada la cabeza con una tupida mantilla negra. Veíase á su lado un hombre embozado en una capa azul, que descubierta la frente y con el sombrero en la mano, como para refrescar su cabeza con el aire de la mañana, no quitaba sus ojos de la torre del convento.

El grupo de aquellas dos personas era bien perceptible, pero á aquella distancia las fisonomías no podían distinguirse ni conocerse. En el instante que la mirada de Irene se había posado sobre los dos bultos, el hombre de la barca se había levantado en pié sobre la popa, como una sombra informe, irregular y nebulosa.

En breve, mas cerca la frondosa ribera del río, cubrió á la barca con los velos de sus espesas enramadas; luego mas próximamente á las tapias del jardín del monasterio, en un remanso de praderas y juncos, puso aquella pareja los piés en la orilla, dando aquel hombre un brazo de apoyo á su compañera, y teniendo en sus manos un objeto, que parecía un libro de canto dorado.

Vióles un momento Irene atravesar los juncos, como para entrar en la iglesia del convento, y eclipsarse y desvanecerse de nuevo aquellas dos figuras, que desde la eminente torre y á través de los vallados y tapicerías, no podían de modo alguno ser determinadas ni reconocidas.

Sin embargo, la aparición de aquellas dos personas había hecho profunda impresión en el espíritu de Irene. En la mirada de la religiosa sobre los contornos, los movimientos y los ademanes de aquel hombre, había una intension particular.

Diríase que no le veía como un ser real; que aquella informe figura era una nube de sus ojos, como las imágenes que nos quedan en la vista despues de mirar muy fijamente á un objeto luminoso. Pero Irene ignoraba si aquel negro embozado era una forma de su pensamiento, ó un fantasma evocado por su memoria; y su actitud al seguirle y contemplarle, no era como de quien ve: era de quien medita, de quien recuerda.

En aquella mirada no había agitacion ni curiosidad. Había seguido la dirección y el movimiento de aquellas sombras, como sigue el pensamiento el curso de sus propias ideas. Pero la memoria era fija y tenaz, y la impresión triste y penosa sin duda, porque sus ojos habían perdido el brillo de la luz del cielo, y de sus labios había desaparecido la sonrisa de la primavera...

El grupo de la barca había quizá recordado á su imaginación un sombrío genio de la mitología antigua, que acompañara á una sombra por las riberas de los rios fabulosos de la otra vida... un Orfeo, que traía del brazo una Euridice: un Eneas, que seguía á la sombra de Dido, por los limbos del Eliseo.

Y aquellos dos genios vagos y nebulosos se habían desvanecido en la verdura de los campos, como fantasmas al contacto de la vida; la claridad refulgente del

sol había disipado aquellas formas de niebla; la barca había desaparecido, como arrebatada por el genio de la realidad; la sonrisa de Irene había vuelto á sus labios con los abrigados matices del campo; sus ojos se habían iluminado de nuevo con los resplandores del cielo.

La sombra de la muerte había pasado como una nube por delante del sol; volvieron á su corazón y á su mente la reminiscencia y el sentimiento de la vida, y en lugar de aquel fantasma lúgubre, que había cruzado un momento por entre las sinuosidades del río y las sombras de la ribera, vió descender por las colinas del oriente otra aparición mas bienhadada y mas consoladora, que parecía venir hácia ella como los celajes de un cielo mas refulgente, como los perfumes de una atmósfera mas vivificante y embalsamada.

Allá en la dirección de las colinas que se levantan en graderías de verdura, en el ángulo en que se corta el oriente y el mediodía de aquel valle, y como á la mitad de la carretera que le cruza para ponerle en comunicación con los pueblos del interior, hay una pequeña ermita, casi siempre cerrada, cuyo alero, prolongado sobre unos escalones de piedra, sirve de abrigo en las repentinas lluvias á los que cruzan por el campo.

Corona aquel humilde techo una espadaña puntiaguada, y frontera en la otra orilla del camino, se levanta una cruz de piedra sobre un pilar de dos escalones toscos. Desde el mirador de Irene distinguíase clarísimamente la ermita y la cruz, y allí fué donde vió bajar desde un sendero vecino y detenerse y apoyarse aquella otra figura fausta y simpática, que sin duda, para su pensamiento y para su corazón, representaba memorias mas blandas ó ideas mas consoladoras.

La nueva aparición no era oscura como el grupo de la barca. Desde el mirador no se distinguía su semblante, pero Irene sabía que era muy hermoso. Sus contornos eran de mujer joven y ligera, aunque en aquellos momentos decaída y fatigada.

Sus vestidos claros brillaban al sol con los matices de las flores y los campos. Su sombrero pajizo, escogido tal vez para que no pareciera tan grande la palidez de sus mejillas, nacaradas á la luz espléndida de la mañana, producía el efecto contrario, y hubiera convenido á aquel semblante un reflejo de rosa para resarcir lo que sin duda pasiones ó pesares le quitaban.

Acompañábase aquella joven de una niña como de once años, vestida, aunque esmeradamente, á la usanza de las aldeas, y apoyábase como en un baston, en una sombrilla, de que no se servía para resguardarse del sol. La niña llevaba pendiente de su brazo izquierdo, un cestillo cubierto de flores y de yerbas olorosas.

Apenas sentada en el crucero, quitóse la joven su sombrero, y limpiando el rostro, como si sudara de fatiga, entregó á las brisas de la mañana los luengos rizos de su negra y sedosa cabellera.

Las aldeanas que pasaban por el camino, saludaban con reverencia y alegría á aquella mujer, que aunque de extraño tipo, les parecía hermosa; y algunas la ofrecían los tarros de leche que llevaban al mercado de un pueblo vecino.

Hizo entonces detener á la mas joven de aquellas campesinas, su sirvienta sacó del canastillo una copa de cristal, y llenándola de fresquísima leche, púsose de rodillas delante de su señora, para servirla sin duda el primer alimento de la mañana.

Bebió con ansia y á grandes tragos la hermosa joven como si la devorara una sed penosa, y volviendo á tomar su sombrilla y á colocar su capota sobre la arrogante cabeza, dejó la cruz á cuyos piés había hecho su refacción primera, y haciendo volverse de allí á la niña que la acompañaba, tomó sola por los senderos del campo el camino del convento.

Abrió Irene en aquel momento las rejillas de su mirador y tremoló al sol un pañuelo blanco, como en señal de reconocimiento ó bienvenida. La joven contestó con su mano y con un grito que no podía ser oído, y con una lágrima que no podía ser vista.

Respirando al pasar por aquellas sendas floridas, la fragancia poderosa de un aire cargado de aroma y vida, apresuraba cada vez mas el paso. Irene cerrando su mirador había hecho una señal, que pudo sin duda ser comprendida. Las campanas del monasterio anunciaban en esto la misa de una festividad; la joven entró en la iglesia que estaba concurrida, y fué á arrodillarse en el fondo de la nave á los piés del coro. El altar de la Virgen estaba iluminado como de fiesta, y sobre sus blanquísimos paños, y sobre la alfombra antigua de sus gradas había profusion de ramos de flores, que justificaban la advocación del santuario.

Las hermosuras de la comarca habían acudido en gran número, casi todas tendida á la espalda la maciza trenza de sus cabellos, cubierta la cabeza de bordados pañuelos blancos anudados graciosamente bajo el rostro, y ceñendo sus hombros con aquella roja esclavina, que parece la púrpura de las antiguas emperatrices...

La joven que hemos acompañado desde la ermita, parecía desconocida en el templo, y todas las miradas se volvían á su figura. Ella fijaba las suyas en el altar, y oyó toda la misa arrodillada. El órgano, como agitado por dedos de hierro, hacia estremecer las bóvedas con extrañas armonías, y el himno que Irene entonó al alzar, mas que una plegaria de solemnidad religiosa, semejava un canto de guerra y de batalla.

Á la conclusion del sacrificio santo, aquel himno y aquel tono volvieron á oírse de nuevo, y cualquiera diría que aquellos compases extravagantes, mas que las inspiraciones de la soledad y los gemidos de la peniten-

cia expresaban el estrépito de una danza profana en el torbellino de los salones de un sarao.

Y sin embargo, aquellos golpes de armonía hacían estremecer á la joven arrodillada. Parecía que aquellos tonos se trocaban para ella en memorias ó en espectros, según la contracción de su semblante y lo desencajado de sus ojos...

Cuando toda la concurrencia hubo salido, ella permanecía aun en el fondo de la iglesia. Entonces pudo ver prosternada al pié del altar mayor, una extraña y sombría figura. Su impresión al descubrirla fué como la reproducción de un sentimiento de terror, que aquella aparición le hubiera ya en otras ocasiones inspirado, cuyo aspecto mas de una vez la hubiera aterrado y atraído.

En el momento presente aquella joven, como desechada, quiere cerciorarse luchando con la realidad. Levantóse para reconocerla y se acercó lentamente al sitio donde aquel bulto parecía haberse oscurecido, porque al compás de su andar, aquella figura había dejado su actitud de postración, desapareciendo por la puerta lateral en compañía de otra persona que allí la estaba esperando.

Vió entonces distintamente atravesar los umbrales de la puerta á un hombre embozado en una capa y á una mujer cubierta de una mantilla... No le fué posible ya reprimir el ímpetu de su angustiosa curiosidad. Había notado al venir, arrodillado en la sombra del mismo cancel, á un aldeano de singular aunque agradable aspecto, muy devoto y asistente á las iglesias, á quien ya había visto otras veces cruzando solo los campos, y que era conocido en aquellos contornos con el nombre de Pablo el Triste. Llegóse suavemente á aquel hombre embelesado en sus devociones, y

— ¿Quieres decirme, le preguntó con ansiedad, quién es ese joven que al salir te ha hablado en voz baja y que va con esa mujer?...

— ¡Ese joven, señora! respondió aquel hombre, como estupefacto, y con un tono melancólico y distraído que le era habitual; ¡ese joven!... ¡con esa mujer!... ¡Ah, señora!... es una historia muy lastimosa; no la sé bien... ni la puedo contar... ¡Ese joven!... ¡no es un joven, señora!... Ese joven y esa mujer son un antiguo marino y una víctima salvada de un naufragio... son como un sacerdote y un agonizante... son un padre amoroso y una hija desgraciada... Pero... ¿qué tiene usted, señora?... ¿ha perdido Vd. la razón?...

La mujer que recibía esta respuesta salía de los umbrales del templo, con la cara pálida, con los ojos desencajados, con la boca entreabierta, con las manos retorcidas, con los pasos desalentados, como rodeada de espectros...

Entróse á llamar en la portería del convento, y las religiosas debieron conocer que la situación de la pobre joven justificaba las estrepitosas vibraciones de aquella campana que había tocado á rebato como si la vinieran persiguiendo.

Las puertas del claustro abriéronse á su nombre, y fué introducida en un locutorio, donde la esperaba Irene... Al entrar allí, aquel mismo desgarrador sollozo, aquel mismo grito del alma, que dijo á nuestros oídos una mañana:

« ¡Qué horrible es Madrid!... » es la misma penetrante y desconsolada voz que traspasa el corazón de la religiosa, cuando aquella joven, arrojándose en sus brazos,

— Irene, Irene, exclama espantada; ¡ahora me lo han dicho!... ¡he perdido la razón!...

La pobre enlustrada recibió á su amiga estrechándola contra su pecho; y pasando sus manos por aquella frente contraída de terror, desviando á uno y otro lado sus cabellos sudados, besábala tierna y amorosamente en los ojos y en las mejillas, repitiéndole una y mil veces, para acallar sus sollozos:

— ¡Sofía!... ¡hija de mi alma!... ¡Sofía!...

III.

Era Sofía, sí; era la hija del ardiente Guadalquivir, la que nos encontramos sepultada en el valle sombrío de una provincia setentrional. Era la máscara elegante de los salones de Villahermosa, la que se nos aparece refugiándose despavorida en los desgarnecidos aposentos de un ignorado monasterio... Era Sofía; Sofía la interesante, Sofía la hermosa, Sofía la espléndida; la aparición de consuelo que Irene había visto cruzar por los senderos del valle, como un genio de primavera arrebatado por las brisas y los céfiros desde las riberas que fecunda un sol mas ardiente. Era Sofía la que descendiendo por las verdes colinas, había detenido en la ermita su matutino paseo y asistido devota y meditabunda á la misa del santuario...

Era Sofía la que, poseída de extraños terrores, se arrojaba desalentada y loca en brazos de una religiosa, en el fondo de un locutorio, á los piés de un crucifijo... ¡Era Sofía!...

¡Cuán mudada, sin embargo, cuán diferente ya de aquella que conocimos en época no muy distante! Un año ha trascurrido apenas desde que la vimos cerrar desesperada los ojos al amanecer de una aurora de invierno en las calles de Madrid...

Un año solo y contemplada ahora; y han pasado veinte... Ya no es la Sofía ligera que con las macetas tempranas de su ciudad naíva, se apresuró á dar al viento de la primavera las primeras flores de sus amorosos devaneos, vistosos, aunque inodoros capullos de los rosales de febrero. No es aquella que al reconocer

la imprudencia de sus primeros pasos, busca la rehabilitación de su vida en la estimación de sí propia, y la tranquilidad de su conciencia en la dignidad y alteza de sus pensamientos.

No es aquella que desencantada de la esperanza de un sentimiento profundo, y perdida la ilusión pueril de los triviales galanteos, se apasiona, en espíritu, de un ideal que pasa como una armonía perdida por entre las personas que le transmiten el eco de una voz, el reflejo y la sombra de una luz. No es aquella hija que á los pies del lecho mortuorio de un padre, reconoce la santidad de una obligación contraída, y acepta el religioso empeño de una posición honrosa y respetada. No es aquella mujer que próxima á inmolarse al deber, triste, pero exenta de un afecto que contrarie su resolución, entra altanera y arrogante en los salones de Villahermosa, para llevar á su retiro, como un desencanto de fastidio ó como una memoria de placer, el último dejo de los festines del mundo.

No es siquiera la imaginación entusiasta que sorprendida por la alucinación del misterio y por la fascinación de la superioridad, contrae en un momento de vértigo y de abandono, el principio de una esperanza y el presentimiento vago de una nueva existencia... No, no es nada de esto ya la desventurada niña. No es la coqueta amable, no es la huérfana desvalida, no es la novia resignada, no es la mujer de mundo chasqueada y herida.

Sofía es la mujer común entre las mujeres profundamente ardientes ó intensísimamente apasionadas, que apuraba en una sola noche la embriaguez del amor y el tormento de un infernal desengaño, se encontró al amanecer de un día espantoso, con una obligación eterna que cumplir, con una pasión eterna que devorar.

Es el corazón que había dicho voluntariamente un adiós libre y fácil á la esperanza de sentimientos que se creían hasta la saciedad agotados ó insípidamente insuficientes, y que en el momento mismo de vislumbrar la delicia desconocida y no soñada de un afecto superior á todo lo ideado, se ve forzada á desespearar para siempre de aquella realidad, mas seductora que su anterior idealismo.

Es la organización juvenil volcánica y devastadora, que se creía fría y obediente, porque no había sido excitada y que hace estallar de repente incendios de pasión, y derrama en la soledad torrentes de lava de aspiraciones y deseos, porque una incubación fecunda y poderosa ha depositado una noche, en las concentradas fuerzas de su virginal existencia, la revelación de un solo placer, la memoria de una sola caricia...

Es la corza ligera de improviso traspasada, de cuyas entrañas ha saltado por su propia velocidad, la aguda saeta, guardando profunda, incurable, sangrienta, la desgarradora herida. Si hubiera quedado el hierro hubieran tenido fuerza sus manos para arrancárselo del pecho; pero no le fué dado á la infeliz luchar con una realidad, sino con un fantasma; batallar con una pasión, sino con una memoria; medir sus fuerzas con un hombre sino consigo misma, consigo sola; lucha quimérica y desigual, en que faltos de asidero sus vanos esfuerzos, se quebrantó todo su poder contra su misma imaginación y contra su propia naturaleza...

¿Qué importa que no exista? ¿Qué importa que se haya desvanecido, como los resplandores fosfóricos de un cementerio, el objeto de aquella aparición misteriosa que se levantó una noche delante de sus ojos, como la evocación satánica de un espíritu de otro mundo?... ¿Por ventura le espera? ¿Por ventura le busca? ¿Por ventura ha creído ni un instante que le encontraría entre los mortales?...

¿No le ha dicho el último acento de aquella voz sobrenatural, que de no volverle á ver no le contara en el número de los vivientes?... ¿No lo creyó así?... ¿Preguntó por él á la sociedad? ¿Salióse á las calles del mundo, como la esposa desolada de los Cantares, indagando el paradero de su aparecido, y dando á las mujeres de su camino las señas de aquella figura sombría, cuya visión fué soñada?...

No... Sofía se encerró tenaz y desapiadadamente con su pasión y con su secreto en la soledad de su alma, y en el despecho de su incomprensible tormento... dijo un adiós horrible á la esperanza, y la esperanza se desvaneció en el horizonte de su porvenir, como los arreboles de aquella funesta aurora.

Encapotóse para siempre en las tinieblas de aquella noche, que fué la primera y la última en la existencia de su corazón. Traspuso desesperada los montes, descendió silenciosa á los valles, no contó por nada, en la realidad de su vida, ni aquel amor ni aquel hombre; no volvió á dar cuerpo ni bulto á aquella lúgubre fantasía, ni objeto de reminiscencia á aquellas caricias, ni sentido de verdad á aquellas palabras.

Fué un sueño todo aquello; quedó todo en su pensamiento y en sus entrañas, como una concepción de su mismo amor; sino que aquella concepción no tendrá jamás alumbramiento, de aquel sueño no despertará nunca; aquel ser misterioso es el reflejo de su propio espíritu, que como un horno de fundición, por la noche reverbera en su atmósfera una zona de fuego.

Aquella pasión de una hora es como la espectación del instante en que se ha de morir, es como el día en que se ha visto una ciudad desconocida ó se ha tenido la revelación de otro mundo. La prolongación de aquella noche es toda una existencia, convertida en memorias de embriaguez y en imágenes de deseos. Y detrás de aquella memoria, nada; y delante de aquella eterna aspiración, una sola esperanza: la muerte.

Pero delante de esta esperanza hay para Sofía una realidad tremenda: la vida; delante de un espectro de amor fantástico hay otro fantasma mas aterrador: el amor verdadero de otro hombre. ¿Qué era entonces este amor de realidad? ¿Cuáles eran las condiciones de esta material existencia, de esta necesidad impuesta de soportar la vida?

¡Su vida!... su vida no era mas que una enfermedad, pero enfermedad sin la cual hubiera sobrevenido la muerte ó la locura. La exaltación en que quedó su espíritu despues de la noche de Villahermosa, la concentración intensa de su pensamiento en una idea fija, hubiera producido la demencia de otra mujer en que los sentidos no hubieran participado tanto de los extravíos del pensamiento. La aflicción y el pesar hubieran ocasionado la muerte á quien poseyera una imaginación menos poderosa, un espíritu menos ideal y menos quimérico. Sofía era de aquellas naturalezas en que la enfermedad puede ser una transacción con el infortunio y un esfuerzo supremo de la voluntad contra la desesperación. Tal vez no sabia si su resistencia y su batalla eran, como otras varias luchas, no mas que una tregua contra la necesidad de una catástrofe.

Pero al fin había llegado por las fuerzas de su despecho á aquel estado, que en organizaciones mas débiles produce solamente la postración del albedrío. En la imposibilidad de desechar una pasión de quimera, en la imposibilidad mas grande de abrigar ninguna ilusión de esperanza, entre el desvanecimiento de la razón y la pérdida de la vida, fuéle dado sostener un interminable combate de dolores físicos indefinibles contra una serie de alucinaciones inexplicables, una reacción constante de intermitente padecer y de agonioso sufrir contra su íntimo, porfiado y ardiente delirar.

La sociedad la vió muda, abatida, consunta, pálida, convulsiva y calenturienta; la soledad la miraba, delirante y sonámbula, abortar cada mañana en su mente una nueva forma de ilusión monstruosa, y crear cada noche en derredor de su corazón y en la esfera de sus estáticas visiones, un mundo de delicias, de tormentos y de deseos, que nada tenían que ver con la realidad de la vida, que no debían un solo placer á la menor vislumbre de esperanza.

Pero esta situación que no podía sostenerse un largo período de tiempo sin una crisis funesta, en una capital populosa se había hecho de todo punto insoportable. Por eso despues de algunos meses de heroicas tentativas y de inauditos frustrados esfuerzos, se había resignado á la necesidad de continuar su viaje hasta la provincia y la población donde cada vez con mas interés y con mayor empeño de ternura, la esperaba su primo.

Las fatigas de un camino incómodo agravaron por el momento el efecto de su padecimiento, y al llegar al seno de la familia que la acogía como hermana, y á presencia del hombre que la aguardaba como esposa, el objeto de tantas esperanzas y de tanto entusiasmo había descendido mucho de la altura á que la sublimaran las ponderaciones de la pasión y el prestigio de la distancia. Su hermosura, alterada por el mal, presentaba en aquel país una extrañeza de tipo que se confunde casi siempre con la irregularidad de la forma.

Su imaginación, puesta en contacto con una atmósfera mas nebulosa, había perdido su brillantez, como pierde un lago su transparencia al encapotarse de nubes el cielo que le cubre. Su razón pareció encogerse en la estrechez de aquel horizonte limitado, y su corazón se replegó, como abrigándose del frío que le daba la compañía de almas poco expansivas. La extrañeza de caracteres y el desapego de sentimientos fueron pronto para ella un destierro moral, de mas peligrosas consecuencias que la mas apartada expatriación geográfica.

Y tan rápidos progresos hizo en pocos días su mal, y de tan alarmante y acelerada debilidad parecieron acometidas su juventud y su razón, que la opinión de cuantos la rodeaban había convenido unánime en la necesidad de trasladarla á otra sociedad y á otra atmósfera, y en la dificultad ó inconveniencia de un enlace que podía tener por tálamo un sepulcro.

Este mal, esta necesidad, esta opinión, eran para Enrique mas que un pesar; eran un inmenso infortunio. Infortunio que para colmo de desventura no podía revelarse ni descubrirse, sin que al mismo tiempo se lastimara su orgullo y se menguara su delicadeza.

Poseído de una pasión concentrada que atormentaba su espíritu, sin que se resintiera de su padecimiento interior su constitución robusta y su enérgico temperamento, aquel hombre no podía aspirar al consuelo de la compasión que excitan las desgracias que se revelan por los dolores. Por el contrario, su amor propio y su honor mismo se interesaban en ocultarlos.

Debía temer que la situación moral de aquella mujer dejara patente á la vista de todos una falta de correspondencia, que hubiera puesto en ridículo lo que era en el fondo de su conciencia tan respetable y sagrado como vehemente y profundo.

Por eso tenía que mostrarse tibio, indiferente, casi retraído. Por eso desgarrándose silenciosamente el corazón con toda la crueldad suicida que inspira el orgullo apasionado, imponiase para con su hermosa prima una reserva que quitaba á la desdichada joven hasta el consuelo de un amigo tierno, de un protector galante, de un compañero afectuoso y discreto.

Había empero, en aquel hombre generoso un noble instinto, una hidalguía de carácter, que le hacían combatir y vencer todos los días, ya que no las sugerencias del orgullo vulnerado, sí ciertamente los dolores de la pasión desatendida y donde quiera que Sofía necesitaba

una atención delicada, una asistencia complaciente ó un cuidado paternal, allí se encontraba prevenida en los mas íntimos pormenores por la solicitud generosa de aquella ternura, que dejaba de ser su amor, para ser su providencia.

Enrique, como todos los caracteres austeros y concentrados, hallaba en el exceso de su aflicción, la suficiente energía para consagrar en rendimiento de abnegación y sacrificio, todo lo que no le era dado manifestar en homenaje de pasión. En la noble imparcialidad de juicio de su recta conciencia, había conocido el primero, lo que la necesidad exigía y lo que la conveniencia aconsejaba.

Adelantándose á la opinión que se formaba en derredor suyo, y acostumbrado á no vacilar delante de una resolución virtuosa, habíase presentado un día, con apacible continente y con serenos ojos, á la única persona que en medio de su extravío podía dignamente juzgarle.

Sofía le adivinó: Sofía le comprendía, no podía dejar de comprenderle. Era la única que no ignoraba lo que pasaba por aquel hombre. ¡Ojalá hubiera podido aborrecerle, cuando era el mayor de sus tormentos no poder amarle!

Todavía pugnaba mas por connaturalizar en su corazón la presencia de aquel ángel de bondad y ternura, que para conjurar el odioso satánico fantasma que se interponía entre su deber y su memoria. De todas las personas que en su nueva residencia la rodeaban, con ninguna se encontraba tan deliciosamente entretenida, tan fraternalmente acompañada; era á su lado donde menos tiranizada se sentía por el maléfico hechizo de sus alucinaciones, y mil veces se hubiera creído capaz de enamorarse de aquel hombre, si no la llenara de secreto pavor el pensar cuando de él se apartaba, que había prometido ser su esposa.

Alguna vez, atormentada por este indefinible suplicio; alguna vez, para arrancar de raíz los fundamentos de esta interminable perplejidad y cerrar irrevocablemente la puerta de sus cavilaciones, había estado á punto de arrojar en sus brazos y de acelerar el cumplimiento de sus empeños.

Pero de repente, á la vista de aquella alma apasionada y de aquel carácter caballeroso, habíale parecido un engaño de traición y un indecoroso pensamiento de infamia y de bajeza, hacer la felicidad de Enrique con un arrebatado de desesperación, y presentar á una pasión tan delicada como una inspiración de amor y como una recompensa de gratitud, lo que en el fondo no era mas que un vértigo de suicidio...

Y entonces, lejos de buscarle se retraía; y entonces no se atrevía á mostrarle complacencia, por no alentarle con esperanza; y bien que le pesara de verle arrastrar la cadena de un dolor tan inmerecido, mejor quería dejarle resignado al sufrimiento, que no hacerle vislumbrar por un instante una felicidad de relámpago, y abismarle despues en las tinieblas de un aleroso desengaño.

— ¡Qué alegre estás hoy! le dijo aquella mañana al verle entrar en su cuarto con aire tan satisfecho. Sin duda vienes á participarme una buena acción. Tus ojos brillan con la superioridad de tu estimación propia; pero veo que necesitas tambien de la mía... Te lo agradezco, Enrique... Veamos qué has hecho ó qué vas á hacer...

Miró Enrique á su prima con su movimiento habitual de admiración, hincó una rodilla en tierra, tomó su mano y la besó respetuosamente, mientras que Sofía pasaba con blandura la otra por las sedosas sortijas que cubrían á uno y otro lado la frente de su primo.

Demudado el color y como fulminado por una descarga eléctrica al impulso de aquella voz cariñosa, que era para él una felicidad angélica, perdió en un momento la serenidad arrogante que rebotaba en su rostro, y dejó caer una lágrima sobre las manos trémulas de Sofía.

Conservaron sin embargo, sus labios la expresión de complacencia sonrisa, que parecía en su semblante como si de su propia flaqueza se burlara, y esperó de nuevo la interrogación de su prima.

— ¡Y bien!... dijo ella, sí... ¿Cuál es la feliz noticia que vienes á comunicarme?...

— ¡Feliz!... contestó Enrique; gracias porque lo has adivinado... gracias porque has creído que solo podía dar alegría á mi semblante, el interés de tu felicidad. ¡Feliz para tí!... Vengo á proponerte un viaje, Sofía... Volverás á tu país, á tu cielo, á tu sol...

— ¿Y tú, Enrique? le interrumpió con afán Sofía, sin dejarle concluir.

— Yo, Sofía... yo... no podré ir contigo...

— Entonces no es un viaje, replicó Sofía, sino una separación, lo que vienes á anunciarme...

Y quedó con los ojos clavados en los de su primo, con las facciones contraídas como quien no quiere revelar ninguna emoción. Miróle mucho rato silenciosa, reflexionando en la situación de aquel hombre, en su posición misma y en el verdadero carácter de una determinación tan inesperada, y luego, con el tono de quien muda de conversación, añadió, haciendo un esfuerzo:

— ¡Enrique!... había creído que me querías mucho mas...

— ¡Sofía!... creí yo que me comprendías mejor, contestó tristemente Enrique, con un ademán de despecho reprimido...

Callaron ambos y volvieron á permanecer algunos instantes en contemplación de embarazoso silencio...

— Sí, Enrique, sí, prorumpió al fin Sofía... te com-



ABASTECIMIENTOS DE PARIS. — Almacenaje de víveres en la alcaldía de Montrouge.

prendo. ¡ay! por muy triste que sea si comprenderte... tú eres quien no aciertas á juzgarme...

— ¡Ojalá!... exclamó Enrique, á tiempo que Sofia tomaba su mano en la suya... ¡Ojalá fuera verdad!... ¡Pero no es, querida amiga!... Acaso no tengo esa percepcion delicada que analiza todos los pormenores de una situacion, como hace un médico el diagnóstico de una enfermedad, pero bástame saber de la tuya que no puedes soportarla... bástame saber de la mia que puedo sufrirlo todo, menos sospechar siquiera que arroje mi negro destino la mas tenue sombra de su desventura sobre tu existencia, Mi ambicion, Sofia, no es hacerme feliz, era hacerte dichosa; no la he sabido lograr: haré lo que pueda aun: hombre soy... á mí me toca decirte lo que tú no osas... Te hago libre... eres señora de tu suerte... y de tu mano...

— ¡Mi libertad!... ¡mi mano! repitió Sofia; y al pronunciar estas palabras sus miradas parecian revelar el extravío de su imaginacion... ¿Y sabes tú lo que quiero yo hacer? ¿Sabes tú de qué me pueden servir á mi mi libertad y mi mano?...

Sus ojos prorumpieron entonces en copiosas lágrimas y dejóse caer sollozando casi en los brazos de Enrique. Aquel llanto abundoso, crisis de una agitacion violenta, pareció por un instante calmarla; y prosiguió luego con menos exaltacion y con menos reposado acento:

(Se continuará.)

El general Legrand.

El general Legrand, que salió gravemente herido el 16 de agosto



El general Legrand.

en la batalla de Gravelotte, habia salido de la clase de sargentos y se debia á sí mismo su fortuna.

Voluntario en los húsares de la guardia real en 1828, obtenia en 1837 la charretera de alférez. Despues pasó á Africa, en donde conquistó sus ascensos. Se distinguió particularmente en la toma de la Smala de Abd-el-Kader, así como en la batalla de Isly, á cuya consecuencia fué nombrado capitán. Algunos meses antes desempeñó tambien un papel en el combate de los Angades. El año 1849 estaba en el 3º de spabis, con el cual hizo las grandes expediciones de la grande Kabilia y de los Nemenchas.

Comandante de escuadron del 2º de cazadores de Africa en 1850, y teniente coronel del 5º de coraceros en 1853, obtuvo el mismo año el grado de general de brigada. En 1864 durante la insurreccion de las tribus saharianas, mandaba interinamente la provincia de Oran, cuando la rebelion de los Flittas y poco despues le encargaron el mando de una columna expedicionaria dirigida contra Si-Lala. Estas dificiles misiones que desempeñó con distincion, le valieron las felicitaciones del gobernador general y la cruz de gran oficial de la Legion de Honor.

Nombrado general de division en 1868, mandaba la 11ª division militar en Perpiñan, cuando sobrevino la guerra franco-prusiana. Entonces le dieron el mando de la division de caballeria del general Ladmiraud.

El general Legrand se distinguió en las brillantes cargas de la batalla de Gravelotte, en la que salió como hemos dicho ya, gravemente herido.

El general Legrand nació en Versailles el 27 de enero de 1810.

L. C.